

ARMANDO PALACIO VALDÉS EN SU OBRA LITERARIA

Por José Luis Campal Fernández

I. EL AUTOR Y SU BIOGRAFÍA

Armando Palacio Valdés viene al mundo —en el seno de una adinerada familia de viejos hacendados, una familia de propietarios agrícolas entre hidalga y burguesa¹— el 4 de octubre de 1853 a las 16.30 de la tarde, en la casona que sus padres poseían en la aldea lavianesa de San Juan de Entrialgo, donde pasaban el verano. Se le bautizó en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Entrialgo el día 6 de octubre, con los nombres de Armando, Francisco y Bonifacio (de los cuales solamente usará el primero) y los apellidos Palacio Rodríguez Cárcaba Valdés.

Integrado en una familia de miras liberales y creyentes, fueron sus padres naturales el tolerante abogado ovetense don Silverio Palacio Cárcaba y la joven avilesina con raíces entralguinas doña Eduarda Rodríguez Valdés Alas, mujer de familia pudiente a la que el futuro escritor recuerda como un carácter decidido y dinámico, muy sociable, pero un «*frágil cristal de bohemia*», a causa de sus problemas pulmonares. A sus padres los evoca Palacio Valdés con detalle en las páginas memorialísticas de *La novela de un novelista* (1921). De don Silverio afirma que «*era un escéptico irreductible en lo referente a la educación*», por lo cual el niño Palacio Valdés fue «*educado con una libertad que pocos niños han disfrutado en la clase a que yo pertenezco*». Al padre lo menciona también, por ejemplo, en *Sinfonía pastoral* (1931), cuando el personaje inspirado en el eminente filósofo y teólogo dominico de Villoria fray Zeferino González le dice a un

¹ En una de las primeras biografías de Palacio Valdés, la debida a Luis Antón del Olmet y José de Torres Bernal (*Los grandes españoles: Palacio Valdés*, Madrid, 1919) se afirma que su padre era «*el primer terrateniente de Laviana*».

indiano, en el capítulo séptimo de la primera parte de la novela, que ha jugado «en la bolera de Entralgo con mi amigo Silverio Palacio».

La adopción de forma conjunta del primer apellido paterno y segundo materno data de sus primeras incursiones literarias, pero la confirmación legal que le autoriza a ello se la otorga el 29 de diciembre de 1923 la Dirección General de los Registros y del Notariado, dependiente del Ministerio de Gracia y Justicia, surtiendo validez a partir de ese momento, para que sus descendientes puedan llevarlos como si de un solo apellido se tratase. La Orden Real, según consta en una copia del comunicado del Juzgado Municipal de Laviana, era transmisible en primer término a sus dos únicas nietas: María Luisa Mercedes y Julia-Elena Palacio-Valdés Cabo.

Tuvo Palacio Valdés dos hermanos a los que aventajaba en dos años y medio y catorce, respectivamente: Atanasio y Leopoldo, y a los cuales también sobrevivió. Leopoldo, de quien fue padrino en la pila bautismal el propio Armando, falleció por enfermedad en 1892 en edad muy temprana, con veinticinco años, y al poco de terminar sus estudios universitarios de Derecho; no tuvo descendencia, aunque llegó a contraer nupcias con la joven Juana Pravia. Leopoldo Palacio Valdés se doctoró en Derecho por la Facultad de Oviedo el 8 de mayo de 1890 con un trabajo titulado *La idea de Nación* y ejerció la abogacía por breve tiempo en el concejo lavianés, en cuya capital abrió bufete en mayo de 1891. Además, colaboró en la prensa asturiana, como fueron los casos de los diarios: *El Eco de Asturias*, *La Sinceridad*, *El Carbayón* o *El Porvenir de Laviana*, donde empleó el pseudónimo de Miguel Franco.

Atanasio Palacio Valdés, abogado como su progenitor, fue ingeniero militar y gobernador civil de Orense; perteneció al Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios, fue uno de los fundadores de la mítica *Revista de Asturias* en el último tercio del siglo XIX y ejerció como poeta en lengua asturiana y castellana, así como de escritor, de tarde en tarde, de comedias en verso y en colaboración (*La suegra de Timoteo* es el título de una de ellas). Atanasio dejó cuatro hijos a su muerte en Madrid el 14 de diciembre de 1919.

La infancia del escritor se reparte entre Entralgo (el valle y la montaña) y Avilés (la costa marinera y urbanizada); el balance de esta etapa vital es muy positivo para Palacio Valdés: «*Ha sido particularmente dichosa*», nos confesará en el proemio de sus memorias de infancia y adolescencia. Las acciones y experiencias vividas durante la infancia explican, para Palacio Valdés, actos de la edad adulta, y en algunos casos serán la materia prima indispensable para elaborar más adelante sus productos artísticos, como sucede con el cuento *¡Solo!*, inspirado en la actividad de la pesca de truchas por parte de uno de los criados en Entralgo de la familia de Palacio Valdés; un episodio que aparece detallado en el tercer capítulo de *La novela de un novelista*.

A los seis meses del nacimiento, Palacio Valdés es trasladado de su domicilio de Entrialgo al oficial de la familia en Avilés, del «*lugar de celestiales delicias*» a «*la villa poética por excelencia, la villa de las mujeres hermosas y las canciones románticas*», tal y como leemos en su libro memorialístico. En Avilés vivirá en la popular calle de Rivero, nº 8. La mudanza se realizó por negocios del padre y para procurarle un mejoramiento, ya que no un restablecimiento, a la endeble complexión de doña Eduarda, que fallecerá en diciembre de 1871 debido a una anemia que se complicó en tisis; don Silverio viviría hasta el año de 1886.

A su pueblo natal volverá Palacio Valdés, en una diligencia tirada por caballos, con seis años de edad, por los asuntos patrimoniales que el padre necesitaba solventar en Laviana; en el segundo capítulo de *La novela de un novelista* nos informa que «*mi padre poseía muchos [prados]*». Aun y así, la estancia de la familia en Entrialgo no se prolongará mucho más allá de tres estaciones (verano-otoño-invierno). Durante su juventud y madurez retornará el novelista a Entrialgo y Laviana en contadas ocasiones y nunca de manera constante, lo cual no es impedimento de fuerza mayor para negarle su querencia afectuosa por los lugares donde vio la luz primera.

Sabemos, principalmente por manifestaciones suyas extraídas de su correspondencia y de su obra o por informaciones periodísticas de la época, que en el valle de Laviana —bien en sus posesiones de Entrialgo, bien en la fonda de la Pola donde se hospedaba cuando coincidían muchos parientes que no cabían en la casona solariega de Entrialgo; en este hostel trabaría amistad epistolar con la hija de sus dueños, la señorita Trinidad López-Lamuño Jove— estuvo don Armando en diferentes años, concretamente durante los veranos de 1869, 1875, 1878, 1879, 1887, 1889, 1896, 1903, 1905, 1913, 1918, 1926 y 1927; unas veces con su propia familia, en otras ocasiones acompañado de la de su hermano Atanasio. Palacio Valdés alternará esta residencia temporal y vacacional de Entrialgo y la Pola con las nacionales de Avilés, Gijón, Oviedo, La Isla, Sevilla, Luanco, San Fernando, Hendaia o Candás; o las extranjeras de Holanda —invitado por uno de los traductores de sus obras— y de Cap Breton, en la región de las Landas francesas, donde se establecerá para sus asuetos a partir del año 1908 y donde adquirirá un chalet al que bautizó como "Villa-Marta y María". Igualmente documentada tenemos la afición del novelista a la excursión y los viajes a localidades del oriente asturiano, como son los casos de Colombres, La Franca, Llanes, Ribadesella o Cangas de Onís; o del occidente como Cudillero, a donde fue a instancias de una invitación cursada por el potentado don Fortunato de Selgas. Los últimos años de vida, esto es desde julio de 1934, se radicó para descansar durante el verano en El Escorial; en una carta inédita del 6-VI-1934 a su sobrino político Fidel Fernández Blanco, afirma: «*Nosotros hemos tomado casa en El Escorial para este verano y allí nos iremos Dios mediante el 1º del mes entrante. Estoy tan viejo y achacoso que los viajes largos me hacen mucho daño. Ni puedo ir a Cap Breton ni a Asturias como pensaba*». Aquí, en El Escorial, le va a sorprender dos años después la noticia del estalli-

do de la guerra civil española, trasladándose inmediatamente a su domicilio de la capital, que conocerá sus últimos estertores, cercado por las privaciones, la vejez y las enfermedades.

En la villa del Adelantado estudia Palacio Valdés, primero en un centro para señoritas, y luego los cursos de primera enseñanza en la escuela de don Juan de la Cruz, escuela pública ya que a pesar de su boyante economía los Palacio Rodríguez jamás matricularon a su hijo en colegios privados. El autor nos lo refiere así en sus memorias: «*Nada de colegios particulares y aristocráticos que no he pisado jamás. He ido siempre a la escuela pública y más tarde al Instituto*».

Durante este período, la infancia transcurrió por la senda más previsible: el escolar, algo díscolo en sus comportamientos cívicos, consumía las horas en «*correr y saltar con mis compañeros de escuela, cazar grillos, jugar a los botones y cambiar de vez en cuando algunos puñetazos*». Comparte las horas con muchachos de dispar condición social y económica sin que en ello se aventurasen roces o malentendidos discriminatorios.

En las páginas de un rotativo local —*El Eco de Avilés*, que aparecía semanalmente—, libró el imberbe escritor su primera liza periodística con una colaboración, firmada con las iniciales L.E., el 22 de julio de 1869, con dieciséis años y a falta todavía de uno para acabar el bachillerato que seguía en Oviedo. *El Eco de Avilés* se componía en los talleres del impresor ovetense don Antonio María de Pruneda, locales ubicados en la misma calle en que estaba afincado el adolescente Palacio Valdés, y que éste solía visitar empujado por una tan misteriosa como inextricable atracción hacia las tintadas letras de molde.

La carta-artículo, desempolvada por el hispanista galo A. Peseux-Richard, tenía como foco central de atención la defensa de un letrado, el notario José J. Alonso Buján, poeta aficionado, que había publicado una versión castellana del *Pyramo y Tisbe* de Ovidio, recibiendo, en pago a sus servicios, las puyas del también vate y periodista avilesino Florentino Álvarez Mesa. El 16 de julio de 1918, recordaba Palacio Valdés, en carta dirigida a Isidro Pruneda, hijo del impresor, los extremos de aquella su primera salida: «*Mi primer artículo fue una defensa grotesca de un grotesco poeta, de un famoso poeta que entonces florecía en Avilés llamado José Juan Alonso Buján (a) Tarulo. ¡Cómo gozaron mis amigos con aquel artículo!. El buen Tarulo me abrazó, con las lágrimas en los ojos*». Tras este bautismo de fuego periodístico no se han rastreado, en los meses siguientes, otros trabajos del incipiente literato, hasta la fecha.

En Avilés empieza, y no precozmente, a abrirse a sus primeras lecturas, consistentes en volúmenes de baja calidad como *Los siete niños de Écija*, de Fernández y González; o textos de autores hoy completamente irrelevantes y sepultados en el olvido como Pérez Escrich o María del Pilar Sinués. Más adelante, arribarán a su voracidad lectora Alejandro Dumas y *Los tres mosqueteros* o Chateau-

briand y *Los Natchez*. En sus años avilesinos, Palacio Valdés soñaba con hacerse marino.

Unos años antes de la aparición de su primer hijo literario en el periódico avilesino, esto es en el otoño de 1865, Palacio Valdés ha abandonado la residencia de Avilés para fijarla en la ovetense de su abuelo paterno don Francisco Palacio Alonso, sita en el segundo piso del número 2 de la calle del Ecce Homo, donde permanece desde 1865 hasta 1870, lo que le lleva cumplir con la segunda enseñanza del Bachillerato en Artes, cuyas clases se impartían en las dependencias universitarias. En septiembre de 1870 remata su formación.

En Oviedo da señales más robustas el literato que había en Palacio Valdés pero que aún permanecía invernado; aquí se interesará por lecturas de cuño histórico y filosófico, y por los versos de Espronceda, que se convertirá en su poeta predilecto a lo largo de los años. Sus gustos lectores de la etapa ovetense se inclinaban hacia Charles Dickens, Goethe, E. Grandet o Henry Fielding, así como hacia los clásicos grecolatinos; otros encuentros, como los que tuvo con Camões o con Milton, no le depararon el mismo deleite artístico.

En Oviedo toma parte en un improvisado ateneo y en un teatrillo, con otros jóvenes algo mayores que él que también anhelaban empaparse del embrujo científico-literario, y con los que Palacio Valdés traba amistad cuando cursaba el lavianés el tercer curso del Bachillerato. Ahí estaban Tomás Tuero (desaparecido prematuramente cuando todos los indicios le auguraban un brillantísimo porvenir en el mundo de la prensa), Leopoldo Alas 'Clarín', Pío Rubín y dos compañeros de aulas cubanos que, andando los años, llegarían uno —Emilio Martín, marqués de la Vega de Anzó— a ser diputado a Cortés y catedrático de la Universidad de La Habana, y otro —Anselmo González del Valle— a reputado concertista de piano, compositor y mecenas cultural.

Este ateneo adolescente, presidido por 'Clarín', estaba ubicado en la mansión ovetense de los muchachos cubanos; celebraba sesiones los domingos por la mañana y en ellas sus limitados socios discutían y se leían sus relatos y versos. En él, Palacio Valdés disertó, en una de las ocasiones, sobre Felipe II y Alas ofreció piezas dramáticas como las tituladas *Tres en una*, *Tras los muros de Zamora* (también conocida como *El cerco de Zamora* o *El sitio de Zamora*) y *Por un real* (también conocida como *Comedia por un real*).

De esta época datan las colaboraciones del grupo en una revista estudiantil denominada *La Instrucción*. Y por entonces asiste, en septiembre de 1868, a los movimientos revolucionarios y el derribo del busto de Isabel II en el claustro de la Universidad de Oviedo. Los sucesos políticos le subyugan y, junto con Alas y Tuero, forma parte, aunque por poco tiempo —hasta que son expulsados por disentir—, de uno de los clubes revolucionarios que se instauraron por doquier en toda la geografía española.

La política tentó temporalmente a Palacio Valdés, si bien finalmente fue derrotada por la literatura. Los canovistas le ofrecieron ser diputado a los veinticinco años pero sus contactos iniciales con ese mundo le desalentaron. Aunque siempre se consideró Palacio Valdés, con matices, un republicano liberal, tampoco Emilio Castelar, a pesar de la amistad y admiración que el novelista le profesaba y que le hacía definirlo como «*gran tribuno*», logró atraerlo a sus filas, por más que estuviera a punto Palacio Valdés, en torno al año de 1893, de convertirse en diputado de los republicanos conservadores por la circunscripción de Cuba; su renuncia o falta de determinación para embarcarse en los proyectos de la política profesional, incomodó un tanto a Castelar, que exigía a sus compañeros la misma absorbente dedicación con que él mismo se consagraba a la vida pública. En una carta del 1º de enero de 1893, dirigida a 'Clarín', afirma Palacio Valdés: «*Ya sabrás tal vez por Genaro, que me ayuda eficazmente, que intento salir diputado por Cuba. No me mueve a ello nada positivo. Ni tengo medios para llegar a nada en la política ni deseo tampoco. Lo único que me impulsa es tener alguna fuerza para sostener a mi hermano y evitarme si puedo los disgustos que constantemente me están dando los gañanes de Laviana. Preveo que no saldré, porque estas cosas hay que quererlas de veras y yo no las quiero*».

El ideario castelarista le inspiraba simpatías, por su actuación contra las actitudes represivas de la Restauración; así como su lucha contra el provincianismo mental y pacato que se deja arrastrar por la inercia de la inanidad y no cuestiona ninguna de las claves de la sociedad contemporánea. También perteneció, al parecer y según algunos testimonios, al Comité Central del Partido Republicano Posibilista, cuando contaba veintidós años de edad. En una entrevista del año 1932 con Fernando de la Milla, manifiesta Palacio Valdés lo siguiente: «*A los veintidós años era secretario del Comité Central del Partido Republicano Posibilista*».

En esa misma entrevista, concedida al final ya de sus días, insistía el novelista en que era «*republicano y desde muy joven. Hace muchos años que me retiré de la política activa, desde la muerte de Castelar. Yo he pensado siempre que el escritor no debe intervenir en política*». Con relación a las veleidades políticas de los literatos, afirma Palacio Valdés en *Testamento literario* lo siguiente: «*Cuando un literato deja las letras por la política bien puede afirmarse que es incapaz de hacer milagros en la literatura*». Aboga Palacio Valdés porque la política deje de ser «*feria de vanidades y mina de oro*» y se convierta en «*un deber social*» que se realice «*con rectitud y modestia*». Con todo, en algún momento de su vida se servirá Palacio Valdés de su condición de hombre reputado y bien relacionado con las esferas políticas para reclamar algún trato de favor para su concejo natal, lo que destruye el tópico del desapego del novelista respecto a sus raíces.

El primer día de octubre de 1870, con cierto disgusto de sus padres, recalca en Madrid para seguir en la Universidad Central las carreras de Derecho y Adminis-

tración, que cursó paralelamente pues ambas tenían asignaturas comunes; tiene por estos años Palacio Valdés una inmensa curiosidad intelectual y un gran apetito por ensanchar sus horizontes, y Madrid es el punto de mira inexcusable para darles satisfacción. Los biógrafos palaciovaldesianos coinciden en que ésta fue quizá la primera decisión personal de verdadera transcendencia en la vida del joven Armando, ya que su madre se encontraba por aquel entonces bastante enferma. La Universidad Central de Madrid tenía mala fama entre la comunidad educativa asturiana porque en ella se propagaban ideas avanzadas en materia filosófico-religiosa.

En Madrid establecerá Palacio Valdés desde entonces su domicilio permanente hasta el día de su muerte, aunque en ningún momento renunciará al orgullo de su ascendencia asturiana. Vive primero en pensiones próximas a la Universidad matritense (sabemos que habitó en posadas de la calle de Silva nº 37 y de la de Capellanes); luego, en pisos de las calles Ayala, Hermosilla (en el número 34), plaza de la Independencia (en el número 9), Lista (en el número 5) o Maldonado (en el número 25), que fue su última vivienda.

De las aulas universitarias sale licenciado, y un tanto decepcionado por la calidad de la enseñanza, en el año 1874; en 1904 confiesa el narrador: «*Estudié la carrera con alguna afición y me proponía ser catedrático de esta facultad*». Su aspiración, no muy acendrada, sólo se materializaría transitoriamente, pues se ocuparía, un invierno, de la cátedra de Derecho Civil de la Universidad de Oviedo, supliendo la ausencia del profesor titular Félix de Aramburu y Zuloaga, posteriormente Rector, al tener que acudir éste a Madrid a unas oposiciones. Aprovechó Palacio Valdés su corta estancia ovetense, nada más licenciarse, para preparar oposiciones, a las que pronto renunciaría. Igualmente, por breve espacio de tiempo y antes de concluir la carrera, fue escenario de las lecciones de Palacio Valdés, como profesor interino, la cátedra de Economía Política de la Escuela Mercantil del madrileño Instituto de San Isidro, a la que accedió gracias a su amistad con el responsable de la misma, el economista y dramaturgo don Mariano Carreras y González.

El último año de sus estudios universitarios, 1873, ingresa Palacio Valdés con veinte años en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, instalado en el viejo edificio de la calle de La Montera y presidido en aquel momento por Cánovas del Castillo. El Ateneo era un balón de oxígeno en contrapartida del asfixiante clima de restricciones y cortapisas en la libertad de movimientos y actuación que supuso la Restauración. Se trataba de un centro muy proclive a los nuevos vientos del pensamiento internacional, y Palacio Valdés se siente aquí muy a su gusto, puesto que recibirá con los brazos abiertos los postulados del Krausismo y comulgará con los principios de la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos, al que admira.

En las salas del Ateneo se transforma Palacio Valdés en un voraz lector de filosofía y ciencias sociales. Se empapa de las actividades que abanderan los distintos departamentos y se integra dentro de un grupo de jóvenes y animosos ateneístas recién llegados, quienes, ante el rechazo e indiferencia de los socios de más edad, decidieron reunirse en una dependencia abandonada de la docta institución fundando una sala conocida por el sobrenombre de "La cacharrería" y que se haría famosa. Por ella circularon, entre otros, Amador de los Ríos, Cánovas del Castillo, Juan Valera o el Nobel José de Echegaray, un dramaturgo tremendista encuadrado dentro de la tragicomedia hipermelodramática al que Palacio Valdés enjuiciaría en sus escritos críticos sin la displicencia de algunos de sus coetáneos.

Al año de incorporarse el asturiano al Ateneo, y tras finalizar su formación universitaria, recae en su persona la secretaría de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, regentada por José Moreno Nieto. Está encarrilado Palacio Valdés a labores de índole filosófica y política, que él, entusiasmado con el conocimiento de las teorías, por ejemplo, de Spinoza, cree firmemente que son su vocación; así, sus participaciones iniciales en *Revista Europea* se atienen al comentario de cuestiones concernientes a filosofía religiosa y ciencias sociales. En las páginas preliminares de sus *Páginas escogidas* (1917), dejó escrito Palacio Valdés lo que sigue: «*En los años de mi adolescencia y en los primeros de mi juventud he creído firmemente que yo había nacido para cultivar las ciencias políticas y filosóficas y para ser un faro esplendoroso dentro de ellas. Llegar a ser un sabio respetado y solemne fue mi única ambición entre los 5 y 20 años. Después, por un juego de la fortuna, me vi convertido en novelista y comprendí que la fortuna tenía razón*».

Junto a dos amigos (Tuero y 'Clarín') reencontrados en la Corte, funda, en el otoño de 1872, el semanario *Rabagás (Periódico audaz)*, una revistilla sufragada por un tío de Palacio Valdés que tomó la cabecera del título de un exitoso drama social del francés Victorien Sardou. El proyecto aguanta tres números y su localización hoy sería empresa hartamente difícil, como es también el caso de otra publicación estudiantil en la que Palacio Valdés firmó artículos en la segunda mitad de la década de los años 60 del siglo pasado: *La Instrucción*. La aventura de *Rabagás* le inspiraría a Palacio Valdés, años después, el tema de uno de sus relatos: *La Abeja (Periódico científico y literario)*.

En Madrid asiste, durante las dos primeras décadas de su estancia en la Corte, a las tertulias del Café Suizo, del Café de La Iberia, de la Cervecería Inglesa y de la Cervecería Escocesa; en ésta última, situada en la calle del Príncipe, se instauró el descarnado "Bilis Club", que había nacido en el local de la Cervecería Inglesa, emplazado en la carrera de San Jerónimo. "Bilis Club" fue la denominación que la prensa madrileña del momento, y fundamentalmente José Ortega y Munilla, le otorgó al grupo de tertulianos que conformaron una desinhibida concentración de lacerantes y despiadados comentaristas de la vida literaria. En el

“Bilis Club” se difundían, aquilatadas, las propuestas naturalistas llegadas de Francia, un naturalismo donde se privilegia la introspección individualista y la crítica social, y que serán los parámetros que aplicará Palacio Valdés a sus primeras producciones. Entre los más o menos habituales del “Bilis Club” con los que Palacio Valdés se topó podrían citarse el dramaturgo Eugenio Sellés, el poeta modernista Manuel Reina, José Sánchez Guerra, Adolfo Posada, los periodistas Mariano de Cavia y Tomás Tuero, o ‘Clarín’, Munilla y Ramón de Campoamor.

En estas tertulias conoce e intima con José María de Pereda, con quien comparte idéntica aversión a la práctica profesional de la política entendida ésta en su vertiente ventajista, de sacar tajada de la privilegiada situación; entabla amistad con el formidable erudito Marcelino Menéndez y Pelayo o con Benito Pérez Galdós, personalidad literaria que para Palacio Valdés está situada en la cúspide de las letras españolas finiseculares y con quien contacta en el arranque de la producción narrativa palaciovaldesiana. Galdós presidirá, junto con Castelar y Pereda, el entierro de la primera esposa de Palacio Valdés; y a don Benito le dedica Palacio Valdés su primer cuento (*Crótales hórridas*), aunque en las sucesivas reimpressiones el autor elimine, incomprensiblemente, la dedicatoria. Además, el asturiano se contó entre los promotores que le brindaron un gran homenaje al novelista canario. Paradójicamente, con los años el joven Palacio llegaría a ser más leído incluso que su maestro Galdós; cuando éste fallezca, Palacio Valdés pasará a ser considerado el “Patriarca de las Letras Españolas”.

También conocerá por esas fechas a Emilia Pardo Bazán, de quien dejó dicho y escrito que le irritaba su prepotencia y cursilería; sin embargo, con Pedro Antonio de Alarcón o con Juan Valera no mantuvo trato cordial o amical ni le anudaron relaciones parejas a las que estableció Palacio Valdés con otros literatos de su época.

En el diario del diputado conservador Francisco Romero Robledo *El Cronista*, periódico adepto a las actividades políticas de Cánovas del Castillo y de su partido alfonsino, se ocupa Palacio Valdés de redactar la sección de notas extranjeras, departamento en el que permanecerá de septiembre a diciembre de 1874 y donde percibirá su primera retribución económica por escribir para el público. A finales de ese año regresa a Asturias desde donde es llamado, al año siguiente, para que se incorpore a una empresa emblemática del mundo publicista de finales del XIX: la *Revista Europea*. Acepta el ofrecimiento hastiado del frustrante ambiente universitario que se vive en Oviedo. En *Revista Europea* tendrán cabida y altavoz las ideas krausistas del racionalismo científico y los beneficios del progreso técnico.

En *Revista Europea* saldrán a la luz las primeras reseñas de crítica literaria de Palacio Valdés, donde alerta sobre el paupérrimo estado del panorama cultural español, y sin que con ello anide en él el deseo de escalar puestos y consideraciones a base del buen trato a los autores consagrados o en vías de serlo y a los críti-

cos más consolidados y tenidos por intocables; a uno de los monstruos sagrados de la crítica finisecular, Manuel de la Revilla, le dedicó Palacio Valdés una feroz valoración provocando la irritación de aquél y desatando una sed de venganza que el ofendido no podría saciar nunca. Será en esta publicación, dirigida por Luis Navarro y editada inicialmente por Eduardo Medina, donde el asturiano desempeñará las funciones de redactor-jefe —que en la práctica equivalían a las de director— de 1877 a 1880, aproximadamente; esta periodización la ofrecen algunos estudiosos norteamericanos recientes de Palacio Valdés, aunque otros dan para tal trienio “director” las fechas de 1875-1878, entre ellos el propio escritor de Entrialgo.

En la capital escribe artículos para *La Política* y *El Solfeo* y para la ovetense *Revista de Asturias*, dirigida por Aramburu y en cuya fundación había participado su hermano Atanasio, envía croniquillas y comentarios relativos a la actualidad literaria y social madrileña, destinadas a la sección “Correo de Madrid”, alternándose en sus columnas con ‘Clarín’. *Revista de Asturias* empezó saliendo a la calle como *Ecos del Nalón*, cabecera que luego dio paso a la que la definiría.

Los sucesivos artículos de Palacio Valdés irán perfilándose, al agruparse por series de conjunto, como el embrión, la materia de sus libros iniciales: las obras de crítica, esbozos, semblanzas y retratos agudos y pocas veces condescendientes de las personalidades finiseculares del espectro cultural y político que deambulaban por Madrid, entonces eje y epicentro, además de caja de resonancia, de todo lo que ocurría en España y fuera de ella. Van viendo la luz: *Los oradores del Ateneo* (1878), *Los novelistas españoles* (1878), *Nuevo viaje al Parnaso* (1879) y *La literatura española en 1881* (1882), redactado éste último a justas medias con ‘Clarín’. Palacio Valdés y Alas colocaron al frente del volumen una dedicatoria henchida de valentía y afrenta: «A los escritores que no queden satisfechos». Este libro al alimón clausurará su dedicación a la crítica sin concesiones, una actitud que le será recordada por sus futuros críticos cuando el lavianés publique sus novelas, y que favorecerá que se destape el tarro de las esencias envenenadas en detrimento suyo, no faltando las controversias y las pullas sarcásticas contra su trabajo.

Se va forjando Palacio Valdés una fama de terrible analista, mordaz por el vértice satírico y sin reparos para atizar a las pésimas producciones. Ello no será óbice para que elogie novedades como las de José de Echegaray. La vida agitada se traduce en polémicas, disputas e incluso en su participación, como co-padrino de ‘Clarín’ con Tuero, en el duelo que enfrentó en 1892 a Alas con el periodista y crítico cubano Emilio Bobadilla, que firmaba sus trabajos como ‘Fray Candil’, y en el cual, a pesar de considerar Palacio Valdés a Bobadilla «un cobarde», salió herido ‘Clarín’. Ese mismo año fallecería en Oviedo, al día siguiente de su llegada para tal fin desde Madrid, Tomás Tuero, cuyas relaciones con Palacio Valdés se habían enturbiado en los últimos momentos.

En junio de 1884, la publicación satírica *Madrid Cómico* le dedica a Palacio Valdés su portada, donde se le hace una caricatura, al pie de la cual se colocan los siguientes y muy significativos versos: «*Novelista singular/ y crítico nada blando/ si se pone a criticar/ ¡con sus obras se va a armar/ don Armando!*». Palacio Valdés considera que en su faceta crítica lo que habita es un humorismo consistente en «*un espíritu piadoso que sonríe melancólicamente al contemplar las deficiencias y contradicciones de la naturaleza humana*».

Su labor como recepcionista y valorador de la actualidad literaria española habrá de serle a Palacio Valdés muy útil para reflexionar acerca de cuál es el canon decimonónico que debe regir. Su ejercicio crítico supondrá el comienzo de la elaboración de las pautas generales de lo que Roca Franquesa ha denominado su «*credo estético*», y al que el novelista irá dando contorno y sentido en prólogos, artículos y declaraciones, y que tendrá sus pilares en lo plasmado en libros como *La Hermana San Sulpicio* (1889), *Los majos de Cádiz* (1896), *Testamento literario* (1929) o *Álbum de un viejo* (1940).

Cuando Palacio Valdés, unas décadas después, en 1908, revise su obra crítica y la agrupe bajo el título de *Semblanzas literarias*, evitará reproducir los escritos más hirientes u ofensivos. Quiriendo enmendar el atrevimiento y las envalentadas consideraciones de su etapa como crítico, durante la cual se labró más de una enemistad literaria, se declarará, tiempo después, culpable de pedantería admitiendo que «*me puse con severa inflexibilidad a corregir y adoctrinar a oradores, poetas y novelistas, lanzando terribles decretos de proscripción unas veces, otras de pena capital, y sonriendo ferozmente ante los clamores de mis víctimas*». Se lamentaba, igualmente, Palacio Valdés, lustros después de abandonada la vara crítica, de la intromisión, por parte del analista, en asuntos personales del examinado, así como del endiosamiento que sufre quien se halla en la posición condenatoria.

En 1891 le apunta epistolariamente a 'Clarín' que «*en cuanto me canse de hacer novelas pienso dedicarme a la crítica retrospectiva*». Pero pese a que en diferentes momentos de su trayectoria (como, por ejemplo, cuando da a la estampa *La aldea perdida*) anunció la retirada, ésta nunca llegaría a consumarse definitivamente; dos años antes de su óbito, en 1936, saca una novela corta titulada *Los contrastes electivos*, remedando a Goethe, y a los dos de su desaparición, en 1940, se editan una serie de opiniones, remembranzas y cuadros costumbristas amparados bajo el epígrafe de *Álbum de un viejo*, escritos antes del comienzo de la guerra civil y presentados, por el oportunismo editor, como una «*Segunda parte de La novela de un novelista*» que, evidentemente, no lo era ni por asomo. Palacio Valdés nunca retomó la recensión crítica, una vez que hubo probado los jugos de la novela; con todo, no rehusó matizar sus opiniones, o manifestar otras nuevas, en sus espaciadas colaboraciones de prensa. Con menos asiduidad de la deseable, recorre las páginas de: *La Esfera*, *ABC*, *Blanco y Negro*, *El Imparcial*,

Arte y Letras, El Liberal, La Fe, La Época, El Día, Pluma y Lápiz, La Correspondencia de España (publicación de la que, según Dionisio Gamallo Fierros, fue director y redactor-jefe en los años 80 del siglo XIX), *La Ilustración Ibérica, Nuestro Tiempo, Revista Unión-Iberoamericana, España, La Crítica, Por Estos Mundos, Voluntad*, etc.

Tiene Palacio Valdés veintiocho años cuando calza los hábitos novelísticos con la obra costumbrista *El señorito Octavio*; el ensayo lo había hecho con el cuento *Crótalus hórridus*. Concebida entre Oviedo, Entrialgo y Madrid, *El señorito Octavio* es una obra que prende pues significa una leve inclinación naturalista en un momento, principios de los años 80 del siglo XIX, en el que se discute sobre la validez del idealismo *versus* el realismo. Estamos ante un «*matizado naturalismo*», como se ha dicho con notable acierto. Palacio Valdés siempre admitió que naturalismo y realismo se confundían y fusionaban cuando no eran términos que se asignaban o indistintamente a productos de una u otra escuela, o de un modo un poco arbitrario y de acuerdo con las predilecciones de cada crítico. Parte en su debut narrativo del modelo galdosiano pero se distancia del modo novelístico de Galdós y saca adelante su novela con no pocos balbuceos. Esta falta de madurez la achacaba el autor a que había comenzado a cultivar el género novelístico demasiado pronto.

A partir de ese año, 1881, Palacio Valdés se entrega en cuerpo y alma a la creación de tipos, tramas y mentalidades finiseculares; la novela, hasta sus días postreros, será su meta y su norte. Sucesivamente, visitarán los escaparates librerías las obras que conforman su hoja de servicios literarios, observando cómo los éxitos de público y crítica, más generalizados los primeros que los segundos, van en aumento. En este sentido, tuvo Palacio Valdés en su colega 'Clarín' a un riguroso escrutador de su proceso creativo hasta 1901, año del fallecimiento del catedrático. 'Clarín' le defendió cuando las acusaciones y arremetidas contra el temible y temido crítico salpicaban al arte palaciovaldesiano o lo tomaban como víctima propiciatoria de quienes no tenían otra vía para resarcirse de los varapalos que Alas les ensartaba. Pese a su condición de amigo de siempre, no se entregó 'Clarín' a la adulación porque sí, y pocas de las líneas que le dedicó a Palacio Valdés le fueron regaladas por causas extraliterarias.

Las novelas fluyen pacientemente. Valle-Inclán le alaba esta cualidad, la de no apresurarse ni buscar angustiosamente la fama pública, y el propio Palacio Valdés sentencia que «*sólo se escribe a gusto en el silencio, sólo se observa bien desde la oscuridad*». No vivió obsesionado con los laureles del triunfo, y cuando éste hizo acto de presencia no lo supeditó todo a mantenerlo costara lo que costase.

El creador asturiano se concentra en la construcción de sus universos de ficción, que le reportan íntimos deleites, y que conecta perfectamente con la demanda del público, lo que le hace ser más leído que las nuevas promociones cuando

el realismo está siendo superado por gentes como Azorín, Pío Baroja, Gabriel Miró o Miguel de Unamuno. La respuesta lectora respalda su opción de un realismo costumbrista preocupado por la exploración de conductas, comportamientos y reacciones de los singulares personajes que pueblan los conflictos que se presentan en las novelas, donde predominan los caracteres femeninos, dada la tendencia psicologista demostrada por Palacio Valdés hacia ese sexo, lo cual no impide que en alguna ocasión el autor ponga en boca de personajes criterios de cuño misógino. Así sucede, por ejemplo, en *Sinfonía pastoral*, cuando el indiano (un arquetipo que no sale nada bien parado en varias de las creaciones de Palacio Valdés, al que llama «*opulento capitalista*») Antonio Quirós declara que «*es preferible entenderse con cien hombres antes que con una mujer*»; o cuando el padre Zeferino, en la misma obra, califica así a la mujer: «*Ánima imperfecta la llama Platón*».

Con las novelas vino el éxito de inmediato, y con él la felicidad conyugal. El 4 de octubre de 1883 Palacio Valdés se casó en Gijón con una muchacha de dieciséis años llamada Luisa Maximina Prendes Busto, a la que había conocido en Candás a través de Adolfo Alas. Cuando el 5 de mayo de 1885 enviudó, el matrimonio le había dado al escritor un hijo, Armando, que fallecería a los treinta y siete años, el 18 de junio de 1922, cuando participaba en una carrera de motos; la mujer de éste, Luisa de Cabo Argüelles, pariente de la primera esposa de su suegro, lo había hecho el 7 de enero de 1920 a los treinta y dos años. El primogénito le daría a Palacio Valdés dos nietas (Julia-Elena y María Luisa) que él se ocuparía de educar como si se tratase de sus mismas hijas. Años después, el 8 de noviembre de 1899, el novelista contraería segundas nupcias con la gaditana Manuela Vela y Gil, a la que había conocido en Madrid en 1891 y con la que ya no tuvo descendencia. Vela le sobreviviría hasta 1945.

Con las novelas llega la serenidad y la estabilidad, y el repudio de la farándula pseudocultural que le había subyugado a su llegada a Madrid; se distancia de los círculos literarios, no blande su utillería de combate por nadie y sólo temple el acero de la propia Obra. Cambia la sociabilidad por la soledad, las ruidosas disputas por la apacibilidad del hogar y la vida puertas adentro, cobijándose en unas benevolentes concepciones vitales y estéticas, muy aptas para una personalidad optimista y conciliadora como la suya, que ni los avatares de la propia literatura consiguieron modificar. Vive desahogadamente de los beneficios que le procuran sus libros y de las rentas heredadas. La pluma gana en reposo y oficio, y pierde un tanto en rebeldía ante un sistema de valores endémico. Las inquietudes revisionistas se irán atenuando conforme avance en el perfilamiento de su Obra, pero nunca desaparecerán del todo.

Se convierte Palacio Valdés en un hombre de hábitos rutinarios que no modificará en lo que le reste de vida. Madruga y se acuesta siempre a la misma hora, consagra la jornada a contestar la correspondencia, leer, escribir, recibir alguna

visita y pasear por La Castellana, el parque de El Retiro o el paseo de Rosales antes y después de las comidas, que suelen ser frugales y nada copiosas, y con ausencia de bebida, pues era de la opinión de que los líquidos que precisaba el organismo ya los suministraban los alimentos. Defensor acérrimo del higienismo y el deporte (practicó la esgrima), consideraba el ejercicio al aire libre como la fórmula más idónea para lograr una existencia longeva y con buena calidad de vida, como lo fue la suya, que se extendió hasta los ochenta y cuatro años de edad. Entre sus aficiones se contaban la tauromaquia y la lectura de libros relacionados con la metafísica y la medicina, higiene y salud, pues Palacio Valdés, como lo atestiguan los volúmenes de su biblioteca personal, se preocupó de no caer en la vejez con una salud achacosa, obsesionado, tal vez, por el recuerdo de la debilidad corporal de su madre. Así las cosas, debió de abatirse ligeramente cuando el 27 de febrero de 1928 se fracturó el fémur izquierdo al bajar del tranvía en la madrileña calle de Goya. A partir de entonces, se vio obligado a conducirse en sus paseos con un bastón.

Los reconocimientos no se hacen esperar. El 12 de agosto de 1895, los indios de Ribadavea y Peñamellera le ofrecen una comida de homenaje en La Franca. Palacio Valdés rompe aquí una lanza a favor del indiano, y dice en su discurso: «*Entre las infinitas injusticias que diariamente cometemos los hombres, me parece una de ellas dar en rostro a los emigrantes de América con su falta de instrucción*». Y exclama a renglón seguido: «*¡Como si fuera posible que quien sale de su patria en los primeros años de su vida y en toda ella no cesa de luchar con las inclemencias de la naturaleza y las acechanzas de los hombres, tenga tiempo ni sosiego para dedicarse al cultivo de las letras!*». Concluye Palacio Valdés esta apología provechosa del indiano afirmando que «*si el indiano no ha podido hacerse sabio, prepara al sabio de lo porvenir, facilita medio a la futura generación para elevar su nivel intelectual*».

En 1901 la ciudad de Valencia le tributa un reconocimiento público y en 1906 se le ofrenda un homenaje en el Ateneo de Alicante. El 5 de abril de 1906, y a iniciativa de los estudiantes de la Universidad de Oviedo, se le rinde tributo, con un pomposo programa de actos, en el teatro Campoamor, al poco de ver la luz su novela *Tristán o el pesimismo*. El homenaje contó con el apoyo del periódico *El Carbayón*, la intervención del Rector, de Álvaro de Albornoz o del poeta bable Pepín Quevedo. Entre los que lo organizaron, y también tomaron parte como oradores, se encontraban figuras de la talla de Rafael Altamira o Ramón Pérez de Ayala.

Casi un mes después, el 3 de mayo de 1906, la Real Academia Española de la Lengua, a propuesta de Marcelino Menéndez y Pelayo y Jacinto Octavio Picón (quienes habían presentado la candidatura de Palacio Valdés el 4 de abril de ese mismo año), le designa sustituto del sillón dejado vacante por José María de Pereda a su muerte el 28 de febrero de 1906. Palacio Valdés retrasará catorce años

su discurso de ingreso, que, por fin, lee el 12 de diciembre de 1920 y que versará sobre el papel a desempeñar por el literato en la sociedad actual, con una especial dedicación a la figura del colega y amigo cántabro al que relevaba. Le contestó a su intervención Serafín Álvarez Quintero, el cual leyó el discurso redactado por el Marqués de Gerona Eugenio Sellés, que no pudo asistir al acto por enfermedad. Palacio Valdés ocupó el sillón k minúscula, aunque no se caracterizó por su asiduidad a las sesiones de la docta institución. A Palacio Valdés le sucedería el catedrático Ángel González Palencia.

Avilés le agasaja en septiembre de 1918, aprovechando la estancia del escritor en la villa para descansar, con un banquete en el Gran Hotel, en el cual pronunció un discurso laudatorio el político Manuel Pedregal y Cañedo, y el poeta bable Julio García Quevedo le recitó una composición alusiva al evento.

Dos años antes, en 1916, el Gobierno francés le había impuesto a Palacio Valdés la Cruz de Oficial de la Legión de Honor, una condecoración reservada por aquel tiempo a los mandos militares, por su efectiva contribución al bando aliado durante la I Guerra Mundial (1914-1918), cuando en mayo y junio de 1916 se trasladó a París enviado por *El Imparcial*, rotativo de gran tirada y alcance, para escribir un conjunto de crónicas sobre la contienda y su repercusión en el país vecino, una campaña altruista en defensa de la Europa sojuzgada por las facciones beligerantes. Los artículos, por los que no percibió una remuneración desproporcionada para la categoría de quien los ejecutó, los reunió después en la obra *La guerra injusta* (1917). No en vano, Palacio Valdés había manifestado en 1915, y por escrito, sus afectos aliadófilos; y había sido uno de los escritores españoles firmantes, en julio de 1915, del *Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas*.

En 1920, aunque no comulgara con la forma de maniobrar del monarca vigente (llegó a decir que con Alfonso XIII en la corona «*cada día me convencía más de que la República era inevitable*»), recibió, de manos del ministro de Instrucción Pública Luis Espada, la Gran Cruz de Alfonso XII la noche del 9 de agosto, con motivo de la inauguración del teatro avilesino que iba a llevar su nombre.

Los homenajes se prodigarán sobremanera en el tranco crepuscular de sus actividades literarias. Sevilla y Marmolejo le nombran Hijo Adoptivo en mayo y junio de 1924, respectivamente. En noviembre de 1924 le agasajan las ciudades de Jerez de la Frontera, Cádiz y San Fernando. Oviedo hace lo propio el 19 de junio de 1926 con un homenaje popular en el Hotel Francés en el que se le nombró Hijo Adoptivo de la ciudad y se propuso solicitar para Palacio Valdés el premio Nobel. El 15 de marzo de 1915, Oviedo ya le había dado su nombre a una calle. El Escorial bautizará una de sus vías con el nombre del literato en 1934.

Cap Breton-sur-Mer se suma a las celebraciones de que es objeto el novelista el 17 de agosto de 1930; en el homenaje francés, Tissier de Mallerais dibujó a Palacio Valdés como «*ejemplo de sencillez antigua y generosa amistad para Francia en las horas crueles de la guerra injusta*». En 1935, la Asociación Nacional de Mujeres Españolas proyectó un gran homenaje en Madrid que se llevaría a efecto en la antesala del verano de ese año. También tenemos constancia de un homenaje que, con ocasión de publicarse *La alegría del capitán Ribot*, le brindó una compañía teatral gijonesa. Se le agasajó con una comida en la que, al parecer, quisieron sorprender a Palacio Valdés ofreciéndole como plato principal callos, los que el marino protagonista de la obra se zampa en una taberna de Gijón, desconociendo los homenajeadores que tal comida repugnaba al escritor lavianés.

Se convierte Palacio Valdés, en 1916, en miembro de honor de la Royal Society of Literature of the United Kingdom, con sede en Londres; lo hacen miembro correspondiente de la Société des Gens de Lettres de France y de The Hispanic Society of America; se bautizan con su nombre calles, plazas, cines y teatros por toda España. En Kansas (USA) se le concede incluso su nombre a un casino de literatos.

Los vínculos que desde los comienzos de su carrera literaria ligaron a Palacio Valdés con el Ateneo de Madrid se consolidaron a principios de 1924 con su nombramiento como presidente del mismo; fue el presidente trigesimotercero, pero al serle imposible deslindar las implicaciones cada vez más tensadas de signo ideológico de las manifestaciones artísticas e intelectuales, dimitió del puesto el 19 de febrero de 1924, y al día siguiente el dictador Miguel Primo de Rivera clausuró el Ateneo. En la carta de dimisión, fundamentaba Palacio Valdés su decisión: «*Era mi deseo vehemente mantener el Ateneo apartado de la política palpitante y de las controversias apasionadas que ésta provoca. No habiendo podido lograrlo, como quedó demostrado en la última sesión de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, me creo en el deber de dejar este puesto*». Además, no se había labrado Palacio Valdés una mala imagen de Primo de Rivera, puesto que, años después, lo calificaría, en una carta, como «*el único gobernante patriota y de buena fe que ha tenido España*».

En 1927 y 1928 su candidatura para el premio Nobel de Literatura de la Academia Sueca se vio frustrada por las circunstancias políticas que atravesaba España. La primera petición la realizó en 1925 su biógrafo Ángel Cruz Rueda, y la presentó oficialmente el 30 de marzo de 1927 —numerosos académicos de la Lengua la secundaron— pero la candidatura de Palacio Valdés llegó fuera de plazo; ese año tenía, según todos los sondeos, muchas posibilidades. En 1928 la tesitura ya no le fue tan favorable al narrador español y no lo logró. Algunos estudiosos han visto en el fracaso de sus aspiraciones al Nobel una desilusión que

se traduciría en la renuncia íntima del escritor a afrontar proyectos de alto vuelo en su última novelística.

A los homenajes se les adelantaron las traducciones. Las novelas de Palacio Valdés han sido vertidas a casi todas las lenguas cultas del planeta; en diecisiete países, por lo menos, disponen de versiones de las mismas: Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Portugal, Bélgica, Holanda, Suecia, Brasil, Noruega, Rusia, China, Dinamarca, Suiza, Checoslovaquia, Estados Unidos y Letonia. Incluso existen fragmentos novelísticos de nuestro autor vertidos a la única lengua artificial, el esperanto. Todo lo cual no hace sino reafirmar su implantación popular y erudita; fueron incluso libros de lectura para el aprendizaje del idioma español en centros docentes estadounidenses. Del éxito y la cotización alcanzados fuera de España da fe el hecho de que por los derechos de publicación de un cuento suyo en Estados Unidos llegaron a pagársele mil dólares.

La producción palaciovaldesiana fue adaptada al teatro, la radio y el cine. Para la radio se grabó *La Hermana San Sulpicio*. Sobre las tablas pudieron contemplarse *La Hermana San Sulpicio* (en adaptación de Antonio Moreno y Rafael Narbona; existe otra, estrenada el 2 de enero de 1930 en el madrileño teatro Alkazar, debida a Ernesto León); *Los majos de Cádiz* (en adaptación de Enrique de Alvear); y *El cuarto poder*, que se estrenó en Madrid el 16 de febrero de 1932 en el teatro Beatriz en versión del Barón de Mora y Jaime de Salas Merlé. Según la crítica teatral, se trató de una adaptación irregular; además, Palacio Valdés no asistió al estreno porque su delicada salud le impedía salir por la noche. Después de su fallecimiento, y en el marco de celebraciones de homenaje al escritor, se realizaron escenificaciones parciales o totales de sus novelas, representadas por grupos de teatro aficionados: de *La aldea perdida*, en su concejo natal, a raíz de la conmemoración del centenario del nacimiento de su autor; y de *Sinfonía pastoral*, en 1988, estrenada en el Centro Asturiano de Madrid.

En el séptimo arte se hicieron trece adaptaciones de ocho de sus novelas y un relato: cuatro versiones, una muda y tres sonoras, de *La Hermana San Sulpicio* (1928, 1934, 1952 y 1972), dos de *Santa Rogelia* (1940 y 1963, ésta última con el título de *Rogelia*); y una de: *José* (1925, muda), *La aldea perdida* (1948, con el título de *Las aguas bajan negras*), *El señorito Octavio* (1950), *Sinfonía pastoral* (1951, con el título de *Bajo el cielo de Asturias*), *Los majos de Cádiz* (1946, con el título de *La maja de los cantares*) *Tiempos felices* (1951) y *La fe* (1947).

En 1932, Palacio Valdés accedió a registrar fonográficamente, en su domicilio y con su propia voz, la lectura de dos textos de su autoría, destinados al “Archivo de la Palabra” en el que trabajaba el Centro de Estudios Históricos. Los textos seleccionados fueron la “Invocación” de *La aldea perdida* y “Esteticismo”, extraído de *Papeles del Doctor Angélico*.

Y llegó el final. En su último tranco vital, Palacio Valdés asiste horrorizado a la Revolución de Octubre de 1934 y jura que nunca más retornará a su región

natal. Está cercado en Madrid por la guerra civil, las penurias del hambre y la debilidad física. Esto y su rechazo a plegarse a las exigencias y el chantaje del estraperlo, aceleran el desmoronamiento. Aquejado de colapsos y neuralgias, es internado el 17 de enero de 1938 en el sanatorio de Santa Alicia donde nada puede corregirse ya. Muere Palacio Valdés el 29 de enero de 1938 a las tres de la madrugada, asistido por su segunda esposa, por las enfermeras del centro hospitalario, que dirigía el doctor asturiano Vital Aza hijo, y un reducido grupo de amistades privadas entre las que destacaban los hermanos Álvarez Quintero. La confusión y la precariedad de las comunicaciones fue tal que se creyó que su óbito había tenido lugar no en Madrid sino en su residencia francesa de Cap Breton. Los restos mortales del escritor fueron depositados, provisionalmente, el mismo día del deceso en el cementerio del Este, de donde fueron exhumados el 15 de octubre de 1945 y llevados al avilesino cementerio de La Carriona, ya que, viviendo Palacio Valdés, la Corporación municipal le había concedido, en 1920, una parcela (la número 3 del cuadro 14) para el reposo definitivo de su alma, al haber manifestado el escritor al periodista Julián Orbón, director de *El Progreso de Asturias*, su deseo de ser enterrado en Avilés. El mausoleo que se levanta en ese lugar fue realizado por Jacinto Higuera. La segunda esposa de Palacio Valdés moriría el 25 de noviembre de 1945.

Póstumamente, Palacio Valdés recibió diversos homenajes, bien desde el Instituto de España, la Real Academia Española o la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, que el 7 de julio de 1941 le recordó colocando un medallón de bronce en la fachada de la que fue su última morada, en el número 25 de la calle Maldonado.

Cuando, en octubre de 1953, se conmemoró el primer centenario del nacimiento de Palacio Valdés, fue recordado por el Centro Asturiano de Madrid y por diferentes poblaciones del Principado como Oviedo, Gijón, Luanco, Avilés, Candás, Cudillero o Laviana. El Instituto de Estudios Asturianos le consagró de forma monográfica uno de los números de su Boletín. Por toda Asturias tuvieron lugar discursos, conferencias, oficios religiosos y actos oficiales y festivos. Se convocó un certamen literario sobre su figura. La Universidad de Oviedo organizó una exposición bibliográfica con los fondos (más de medio millar de volúmenes) del escritor, una tercera parte de su biblioteca, donados a la institución asturiana en sus últimos años por la viuda de Palacio Valdés. El gobierno municipal de Laviana había dado, el 18 de abril de 1953, el nombre de Palacio Valdés a la plaza en la que se levanta el edificio consistorial y el 4 de octubre fue inaugurado en dicho emplazamiento, en presencia de las nietas del escritor, un busto del mismo, obra del escultor Cristóbal Zaragoza. El 10 de noviembre de 1953, el Ayuntamiento de Oviedo le consagró otro en el parque de San Francisco.

Laviana también recordaría, en octubre 1983, a su mayor figura literaria, con la celebración de un ciclo de charlas y la edición de una significativa antología de los textos de Palacio Valdés enclavados en el concejo que le había visto nacer hacía ciento treinta años. En septiembre de 2003 su casa natal de Entrialgo, convertida en museo, acogió un congreso internacional sobre su vida y obra.

II. LA TRAYECTORIA LITERARIA

Espectador privilegiado de la Revolución de septiembre de 1868, cuando contaba sólo quince años, Armando Palacio Valdés mantuvo en sus primeras incursiones literarias posturas de agudo criticismo, actitudes positivistas y krau-sistas que le impulsaron en su juventud, primero a través de sus artículos periódicos, luego en sus novelas iniciales, a sostener tesis contrarias al poder que bien desde las esferas eclesiásticas, políticas o económicas trataba de anegar la libertad individual y de movimiento, y de frenar el desarrollo de la sociedad.

Pero a Palacio Valdés, que fue siempre un hombre de pensamiento más que de acción, las turbulencias políticas y las sucesivas frustraciones que le procuraron las actuaciones de los diversos gobernantes del país, así como los acuciantes problemas de fe (o mejor dicho, de falta de fe) que le asaltaron, junto a una más o menos declarada crisis de identidad, producto quizá de su temprana viudedad, le empujaron, tras buscar justificaciones al devenir humano en las teorías científicas en boga en las décadas finales del XIX; le empujaron, digo, a recogerse en la protección iconoclasta de la religión, en un patrón que él se fabrica siguiendo las enseñanzas de una personalidad del Renacimiento, el humanista Erasmo de Rotterdam.

Palacio Valdés pertenece a una clase en la que el peso de la religión guía el curso de los acontecimientos y las vidas de sus componentes, y en su fuero interno él reclama para sí un punto de apoyo purificador, que le conforte en las alegrías y desventuras que piensa ha de depararle, como así fue, su biografía. Sus aspiraciones se formalizarán en un cristianismo esencial no reglado ni ortodoxo, más intimista que de formulismos litúrgicos, un cristianismo más privado y espontáneo que racional y público, y que sosiega su agitación interior. Palacio Valdés jamás se declaró católico militante; fue, con matices y renunciaciones, un liberal moderado más o menos progresista en sus primeros momentos, anticlerical y antimonárquico; y después un atenuado liberal bienintencionado de la burguesa clase media española, pero nunca nada semejante a un conservador retrógrado o un reaccionario inmovilista. Incluso cuando celebra su segundo matrimonio, escribe: «*Me he convertido sincera y absolutamente al cristianismo*»². Para nada prima el

² El subrayado es nuestro.

escritor una suerte de catolicismo sobre cristianismo, y cuando se declara católico inscribe esta filiación en una justificación clarividente. Así, en la biografía de Antón del Olmet y Torres Bernal, compuesta al final de la segunda década del siglo XX, y con las ideas en materia religiosa totalmente diáfanas, confiesa Palacio Valdés: «*Muchos católicos lo son por reaccionarios. Yo por católico soy liberal y republicano*»³.

La paulatina decepción causada por las incumplidas promesas de la Restauración le obligaron a reconducir sus prioridades, a demarcar sus metas vitales y, en consecuencia, a refugiarse en un sistema de valores tradicionales, el estrato del cual procede el novelista y al que le resulta imposible sustraerse del todo, a pesar de la búsqueda emprendida en su juventud de un ideario que renueve y apunte, valiéndose de sus preocupaciones existenciales, un andamiaje más resistente. Hay que tener presente que el escritor contempló, entre la esperanzada curiosidad y la temerosa estupefacción, cómo se iban operando en el sistema de clases cambios trascendentales para la nueva organización social; cómo iban desfilando ante sus ojos las guerras carlistas, los asesinatos de Prim y de Cánovas del Castillo, las actividades de Amadeo de Saboya, la pérdida de las colonias de Ultramar en Cuba, Filipinas y Puerto Rico, la caída de la monarquía, la ascensión de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, la implantación de la primera y segunda Repúblicas, el advenimiento de la Gran Guerra, la I Guerra Mundial, o la catastrófica contienda civil de 1936. Y esto no podía por menos de tener una íntima ligazón con su evolución literaria, con la periodización que se hace de su producción fundamentalmente novelística.

Los mundos de ficción levantados por Palacio Valdés creo que aún hoy pueden retener cierto interés. Las sencillas pero sólidas tramas novelescas, que participaban de un gusto por los conflictos de orden sentimental o las descripciones paisajísticas con capacidad sugeridora, así como la tendencia al empleo atildado del humorismo irónico y la recurrencia a los contrastes, favorecían la identificación en el receptor con lo que en ellas se contaba o dilucidaba. En más de una ocasión, la aparente simplicidad argumental es la antesala de mundos más complejos, donde las acciones secundarias llegan a superponerse a las que en primer término se presumían como más relevantes. Son las de Palacio Valdés unas obras que sirven de fuente inagotable para reconocer y reconstruir desde dentro los usos, costumbres y mentalidades de la España rural y urbana de finales del XIX. Novelas que hablan de pasiones desatadas, de la fuerza de los instintos y de dramáticos conflictos en torno a decisiones vitales; novelas de absorbente crítica en las que se apresura una aquilatada variedad de tipos merecedores de atención, puesto que algunos de los personajes más significativos que pueblan las obras pala-

³ Op. cit., p. 164.

ciovaldesianas están dibujados a la luz de sus contradicciones y pliegues más que a tenor de sus cualidades menos sombrías que las harían más “correctas” sociológicamente pero menos plausibles desde una perspectiva literaria, que, a la postre, es la única que debe inquietar a un escritor, pues trabaja no para la inmediatez, sino con las miras puestas en la posteridad.

El conjunto de la Obra de Armando Palacio Valdés admite una clasificación tripartita, tres épocas de diferente extensión y alcance así agrupadas no por exigencias temáticas sino teniendo en cuenta el talante existencialista y las premisas estéticas que en cada fase presidieron las intenciones del escritor.

1) Con su primera novela, *El señorito Octavio* (1881), un título sin madurar, se adentra Palacio Valdés en un costumbrismo realista de señas contestatarias y en el que la huella naturalista inaugura una época en la que el autor disecciona con afilado escalpelo los aspectos menos relucientes de la denominada “buena sociedad”, destapando su bajeza moral, que llega a escandalizarle. El pensamiento avanzado del joven Palacio le hace identificarse en esta su ópera prima con el personaje de Homobono Pereda, diputado electo al final de la obra, cuando exclama éste que los favores y promesas electoralistas son «*altamente inmorales, pues casi siempre se fundan en el privilegio y la injusticia*». La posición del escritor-personaje en la actuación política es clara: no ser «*representante de ningún interés particular y temporal, sino de los generales y permanentes en que la sociedad debe asentarse*», como proclama Homobono Pereda en su manifiesto del epílogo.

Son éstos los años en los que Palacio Valdés da salida a algunos de sus mejores libros y se forja un prestigio como escritor realista que encuentra el favor del público y el respeto de buena parte del estamento crítico. Esta primera etapa, en la que el tiempo novelado suele corresponderse con el exacto tiempo cronológico de la composición de las obras, culminará en una trilogía modélica, integrada por: *La espuma*, *La fe* y *El Maestrante*.

2) A mediados de los años 90, y coincidiendo más o menos con el segundo matrimonio del escritor, la narrativa palaciovaldesiana reduce su acritud y entra en un período de vacilación, es el momento más frágil de su cuestionamiento del orden social y personal, un flanco temporal que llega hasta el final del siglo y que muy bien pudiéramos considerar como puente a una creciente espiritualización de sus planteamientos estéticos e ideológicos, por lo que los títulos englobados en esta etapa van a participar de notas del período anterior y de varios aspectos del que le traerá el ajetreado siglo XX. Tras una época en la que busca un asidero en los fundamentos filosóficos para satisfacer sus exigencias sobre la existencia, Palacio Valdés encontrará respuesta en una concepción eminentemente activa del hecho religioso. El novelista asturiano llega a la conclusión de que la fe no se aprende, se asume. En las páginas de *Testamento literario* (1929), escribe: «*Pen-sé que podría hallar la fe no razonando, sino ejecutando el bien*», porque para

Palacio Valdés «*la razón no es la raíz de la fe*», sino que «*la fe, como iluminación interior, es un don gratuito del cielo*». Las señas naturalistas van diluyéndose hasta desaparecer y empieza a imponerse una mayor penetración en los mundos interiores de los protagonistas de sus fábulas. A esta segunda etapa o momento de transición corresponderían novelas como: *El origen del pensamiento*, *Los majos de Cádiz* y *La alegría del capitán Ribot*, ambientadas, respectivamente, en Madrid, Andalucía y Valencia.

3) Con la entrada en el siglo XX, las novelas de Palacio Valdés dan un giro hacia un subjetivismo espiritual, donde, por encima de una aproximación crítica a la realidad o una visión feroz de sus vicios, va a primar una idealización autobiográfica y platónica en la que el autor tratará de recuperar, no el tiempo perdido, sino el que se ha ido definitivamente, y al que sólo puede acceder mediante la evocación nostálgica. El objetivo de sus incursiones literarias se vuelve retrospectivo, mira hacia sus ancestros, aquello que le ha influido y moldeado, aquello que le ha conformado como persona. Se aleja de su contemporaneidad y se instala en una preteridad muy querida para sus sentimientos. Buscará en ese buceo las características de “su” tiempo, que no tiene necesariamente que corresponderse con el que le tocó vivir en su adultez. Podría argüirse que en sus primeras novelas Palacio Valdés se interesa por problemas de regeneración socio-política, por asuntos de higiene ética, mientras que con el paso del tiempo sus desvelos se encaminarán progresivamente al autoconocimiento personal y espiritual, al afianzamiento de sus convicciones más íntimas. De lo social ha recalado en lo individual.

Se erige entonces Palacio Valdés en un novelista entre dos siglos y dos estéticas: idealista en la presentación de la evolución de tipos y conflictos, y realista en la observación directa de lo inmediato que luego la capacidad del autor habrá de transformar en producto artístico. Ésta que podríamos considerar como tercera y última etapa de su producción literaria se caracteriza por una dilatación en la salida a librerías de nuevas ofertas narrativas; a la prodigalidad de los años 80 y 90, en los que la cita con los lectores era prácticamente anual, suceden ahora largas temporadas de silencio editorial.

Este tranco clausura sus aportaciones pero representa también el momento de disfrute de los triunfos propiciados por su carrera novelística; los homenajes y nombramientos honoríficos, como hemos visto en apartados anteriores, se suceden por toda la geografía, especialmente la asturiana; entra en la Real Academia Española de la Lengua; los licenciados universitarios de Europa y América se fijan en el quehacer literario de Palacio Valdés para elaborar sus tesis doctorales; proliferan las antologías y selecciones de sus obras y se le editan las Obras Completas; surgen las peticiones de traducciones; el naciente cinematógrafo lleva a las pantallas varias de sus creaciones. Don Armando saborea, como pocos coetáneos suyos, los dulces contornos de la fama.

La variedad de ambientes regionales cuya plasticidad tentó a Palacio Valdés dio pie a la organización de sus novelas en varios ciclos: los más voluminosos, y también los más conseguidos, son el asturiano y el madrileño, a los que habría que añadir el valenciano, constituido por una sola obra, y el andaluz, el cual se distribuye entre Sevilla, Cádiz, Granada y Jaén. Dentro del bloque asturiano, como corresponde a un hombre oriundo del valle de Laviana, este concejo altonaloniano se convertirá en protagonista absoluto de cuatro de los diez títulos que el novelista localizó en el Principado; y en tierras lavianesas ubicará asimismo la acción de dos meritorios cuentos: *¡Solo!* y *El potro del señor cura*. En los límites territoriales de Laviana transcurren su primera y su última novela, un círculo perfecto que habla, sin sombra, en favor de las querencias emocionales del autor para con sus raíces y desmonta el tópico de que Palacio Valdés renegó de su lugar de origen. No renuncia el escritor, por otra parte, a la mera cita toponímica de lugares menores aunque resulten irrelevantes para la acción narrativa; a lo largo y ancho de las producciones palaciovaldesianas se deleita el escritor en la consignación de numerosas aldeas lavianesas que el autor recuerda y que van acotando la trocha memorialística del imaginario sentimental de Palacio Valdés. Nos tomamos, en distintos escritos, con Llanolatabla, Pando, Boroñes, Fombermeya o Los Barreros, por poner un breve ejemplo de lugares sin transcendencia en la ficción a efectos de desarrollo narrativo y argumental.

Por las páginas palaciovaldesianas deambula la Asturias marítima, pero también la cosmopolita de interior y la agropecuaria de las montañas y los valles; convive la Asturias de signo arcaizante con aquella otra de las nuevas clases emergentes; nos paseamos entre la Asturias campesina y la nobiliaria; la de recia moral apegada a las tradiciones y la de vida disipada; en suma, la Asturias finisecular. Palacio Valdés las reducirá al binomio Asturias verde/Asturias negra: la Asturias patriarcal e inamovible, traspasada de generación a generación por unos habitantes que aceptan su modo de subsistencia sin oponer resistencia, frente a una nueva Asturias que configurará la llegada de la industrialización y la mejora salarial. En un escrito de 1900, destinado a servir de prólogo a un libro ajeno (*Asturias. Información sobre su presente estado moral y material*, de Salvador Canals), el narrador lavianés exclama lo siguiente: «*Mi Asturias, la Asturias verde, no es la negra, y ahora lloro sobre esta tierra destrozada y profanada, y maldigo la industria*».

III. UNA MIRADA A SUS OBRAS

La Asturias verde palaciovaldesiana está presente en *El señorito Octavio* y en *El idilio de un enfermo* (1884); en ellas, Palacio Valdés incide con intensidad en una de sus más permanentes tesis: las benefactoras propiedades de la naturale-

za, en el efecto purgativo y sedante del campo por oposición con la frivolidad y relajo de las insanas costumbres que, al decir del escritor, se experimentan en las despersonalizadas ciudades, en las que, por otra parte, él siempre vivió. En la primera de las novelas citadas es una mujer (Laura, la condesa de Trevía) nacida en el medio campestre que se ha “contaminado” en la urbe; en la segunda, un literato romántico que nunca ha conocido el campo (a semejanza de la Angelina Quirós de *Sinfonía pastoral*) y que acude a él por prescripción facultativa para reponerse de una anemia. Esta tesis del medicinal bienestar campestre, que arranca ya de los tiempos de la civilización romana, será tan del agrado del novelista que consagrará su última gran aportación literaria a defenderla con entusiasta ahínco y nobles pruebas, cerrando así el círculo que le vincula con tales convicciones. No es, sin embargo, coto exclusivo de Palacio Valdés la defensa de dichas ideas. Ello explica el hecho de que, por ejemplo, *El idilio de un enfermo* guarde bastantes similitudes argumentales con una novela corta de la condesa de Pardo Bazán titulada *Bucólica* y que precedió en el tiempo a la del asturiano en la salida a librerías.

La naturaleza de *El idilio de un enfermo* es una naturaleza expansiva y totalizante, el paisaje está tan presente que no es un elemento más de la organización estructural de la obra, no es siquiera un personaje más, sino “el personaje”, el eje nuclear. Estas notas eran comunes también a *El señorito Octavio*, pero en esta tercera novela están muy intensificadas. Comparte, además, con su debut novelístico la resolución tremendista del problema planteado, desenlace impuesto por necesidades catárticas.

El protagonismo femenino aparece como verdadero peso blindado en la segunda de las obras novelísticas de Palacio Valdés: *Marta y María* (1883). Se trata de una pieza que, por la aridez temática que en ella aborda el autor, extraída de hechos contrastados y que sucedieron en la vida real, suscitó reacciones airadas entre las jerarquías eclesiásticas más inflexibles, lo que obligó indirectamente a Palacio Valdés a incluir en las sucesivas ediciones de la novela una “Aclaración”, que comienza con la siguiente frase: «No he querido en la presente obra herir al misticismo verdadero ni ridiculizar la vida contemplativa». Y es que los dos personajes que dan título a la novela —son claras las concomitancias con las dos hermanas del Lázaro bíblico— se convierten en símbolos de una dicotomía o conducta opuesta a la hora de entender la religión: la acción frente a la contemplación, o lo que es lo mismo: el misticismo enajenado por lo que de fascinante tienen los ritos externos frente a una actitud práctica que dé sentido a la vida; la superficial apariencia de la meditación desorientada frente a las obras productivas. De lo que Palacio Valdés se burla es de la imitación falseadora, pues para él misticismo y moralidad no son lo mismo. El narrador asturiano cifrará en el amor y la caridad los cimientos que le proporcionan al hombre la verdadera felicidad; los esfuerzos deberán dirigirse, según su ideario, a lograr la convivencia pacífica,

la honradez en el proceder y la instrucción constante que facilite la equidad. En la última carta que le dirige a 'Clarín' el 3 de enero de 1900, escribe Palacio Valdés: «*Pienso que la caridad, como afirma Pascal, no sólo es su esencia, sino la puerta para entrar en él* [se refiere al cristianismo, cuya fervorosa aceptación hace coincidir el novelista con su segundo matrimonio], *y que es inútil tratar de ser hombre de Cristo por eso que llamamos razón*».

Fue *Marta y María* la primera gran producción literaria de Palacio Valdés, hasta el punto de que sus editores la reimprimieron varias veces sin conocimiento del autor, lo que provocó un serio enfado de éste, siempre preocupado por el rendimiento económico de sus libros y las ganancias que éstos le procuraban. Fue *Marta y María* una pieza muy cuidada en su elaboración que llevaba dentro no pocas insinuaciones eróticas y que transgredía hasta cierto punto las convenciones religiosas de la época; además, contenía momentos bastante duros —al igual que ocurriera con su anterior obra— como era el de la muerte de la madre de las dos hermanas protagonistas. Algún crítico, tal fue el caso de Luis de Bonafoux, encarnizado enemigo del temido crítico satírico asturiano, acusó a 'Clarín' de apropiarse o inspirarse más de lo debido en ella para componer su libro capital, *La Regenta*. Bonafoux afirmó que *La Regenta* estaba inspirada «*con abuso*» en *Marta y María*. Palacio Valdés siempre tuvo en muy alta estima esta novela suya.

La atracción o predilección del novelista por los tipos femeninos se mantendrá como una constante en su amplia producción literaria. No en vano, desfilarán por sus páginas contundentes personajes femeninos; estereotipos pertenecientes a una gama lo suficientemente variopinta como para corroborar la inclinación de Palacio Valdés por los diseños femeninos. Personajes como, por ejemplo, los que deambulan por novelas como: *Los majos de Cádiz*, *La alegría del capitán Ribot*, *José*, *La aldea perdida*, *Santa Rogelia* o *Maximina* y *Riverita*.

Los ribetes naturalistas que se apreciaban en *Marta y María* reaparecen en su novela marinera por excelencia: *José* (1885), donde Palacio Valdés nos procura una ajustada estampa de las costumbres marítimas de la costa asturiana, una novela entresacada de su propia convivencia con los pescadores del litoral cantábrico. Posiblemente nos encontremos con *José* ante una de las novelas mejor escritas y armadas de las que conforman la primera etapa de Palacio Valdés. Medida en sus procedimientos narrativos y presidida por un equilibrio razonable entre contenido y continente, pues no se pierde en descripciones inútiles e impropriamente alargadas que no tengan transcendencia en la evolución de lo que se está contando. Siendo sentimental a propia voluntad, Palacio Valdés no cede a la cursilería, y la acción no se olvida de las tensiones necesarias para apuntalar la narración en los momentos dramáticamente más crispados; tensiones climáticas que no se acumulan sino que se distribuyen proporcionadamente.

A su novela asturiana de la mar le suceden dos obras, o una misma obra en dos partes, que él titulará, respectivamente, *Riverita* (1886) y *Maximina* (1887).

Serán las dos primeras novelas que ubique en Madrid, su lugar permanente de residencia desde que con 17 años se establezca en la Corte para emprender sus estudios universitarios. Son dos obras pesimistas, parcialmente autobiográficas y hondamente sentimentalistas, al ser el personaje femenino central la perpetuación estética de la esposa de Palacio Valdés, muerta apenas año y medio después de contraer matrimonio con el escritor. En el retrato y el recuerdo de ella encierra Palacio Valdés la concepción ideal que tiene de la mujer como fuente y garante de la felicidad conyugal y familiar. Como sucediera con *El señorito Octavio*, donde Palacio Valdés realiza una feroz diatriba contra la corrupción política en el marco de unas elecciones, en *Riverita y Maximina* sigue latiendo la crítica a las instituciones que no consiguen que la marcha de las mismas salga de la esterilidad, y así se mofa el narrador, por ejemplo, del nefasto funcionamiento del Parlamento. Del mismo modo que en *Marta y María* habían sido blanco de sus denuncias los representantes del carlismo.

Una de las producciones literarias de Palacio Valdés que mejor ha soportado el transcurrir de los años ha sido *El cuarto poder* (1888), una visión agrídulce del periodismo como signo de progreso que, sin embargo, cosecha nefastos resultados en un clima de incultura y de manipulación política con señoritos caciques y politicastos de baja estofa; y todo ello encuadrado en un sistema gubernamental rotatorio que se hace acreedor de las acusaciones del novelista.

Inmediatamente después, Palacio Valdés emprenderá su “ciclo andaluz”, que tiene sus puntales más destacados en *La Hermana San Sulpicio* (1889) y *Los majos de Cádiz* (1896). *La Hermana San Sulpicio* constituye un nuevo acercamiento al conflicto religioso que tiene muy poco que ver con las directrices que el autor había marcado en *Marta y María*, aunque no falten escorzos de filiación naturalista.

Los motivos que pudieron impulsar al escritor asturiano a fijarse en la Baja Andalucía tal vez tuvieran su justificación en la viva sugestión que en el espíritu septentrional de Palacio Valdés causó el contacto con unas zonas presididas por la intensa y cegadora luz del sol, o también por la humilde procedencia de la mujer gaditana que habría de convertirse en su segunda esposa. Sevilla, Cádiz y Granada serán los pivotes sobre los que descansa su aproximación andaluza, y a cada una de ellas, en su momento, le regalará el escritor encendidos elogios.

El interés por Sevilla, y por extensión por Andalucía, se remonta a los meses primaverales de 1884, cuando Palacio Valdés permanece en la localidad jienense de Marmolejo para tomar las aguas en su por entonces célebre balneario, a fin de recuperar una salud de la que se había resentido a causa de unas afecciones intestinales. Pese a la opinión descreída o adversa de sus médicos, que no confiaban en el poder benefactor de los remedios termales, Palacio Valdés recobró el buen estado de salud y contrajo desde entonces una confianza inquebrantable en los valores curativos del higienismo, la alimentación frugal, las técnicas naturistas y

el diario ejercicio físico, la gimnasia sueca, como recetas infalibles para una vida longeva y sin achaques. El escritor no dejará de recomendárselas a sus amigos y parientes a la menor oportunidad que para ello se le presente.

La Hermana San Sulpicio es uno de los pocos casos en la novelística de Palacio Valdés en los que la historia se cuenta desde dentro, esto es, la voz del narrador se funde con la del protagonista masculino para proceder a una introspección autobiográfica en la que la historia que se novela gana en objetividad al no intervenir un narrador ajeno a los hechos que se cuentan. Palacio Valdés nos presenta un argumento optimista y elemental, pues toda la novela está organizada como las fases de una conquista amorosa en principio imposible, por tratarse de una monja y por las nada buenas expectativas que surgen del primer encuentro entre los protagonistas. La novela se divide en dos bloques bien diferenciados: uno, cuando los futuros amantes se conocen en Marmolejo; el otro, los diversos pasos que él habrá de planificar en Sevilla para salvar los obstáculos que se le pongan a la culminación de su particular conquista.

La ciudad de Sevilla reclama para sí el protagonismo paisajístico absoluto en *La Hermana San Sulpicio*, es fruto de la observación impresionista de una ciudad de tipismo costumbrista. El espacio en el que se desenvuelven los acontecimientos de la novela se ciñe con justeza a la realidad, lo mismo que no se esconde el marco temporal en el que van a inscribirse los hechos narrados, pues estamos claramente en el último tercio del siglo pasado, años preferidos por Palacio Valdés para emplazar historiográficamente la mayoría de sus invenciones. *La Hermana San Sulpicio* queda como la novela de una ciudad en la que se injertan el mundo árabe, el oriental y el occidental. Esta Sevilla de la Restauración de Cánovas del Castillo es captada por un novelista que se siente particularmente receptivo al colorismo y los olores de un espacio cuya imagen es el resultado de una emoción hiperbólica. El novelista va pulsando los diferentes ambientes que caracterizaban a la ciudad hispalense: va desde los pintoresquísimos patios de vecindad, las callejas retorcidas y estrechas o las charlas en los zaguanes enrejados a las tertulias pendencieras donde se habla de toros y mujeres, a los jardines apalmerados o a los corrales donde el flamenco reina durante toda la noche; y eso sin olvidar el Guadalquivir y sus paseos, los barrios y calles más concurridas, la antigua fábrica de tabacos o las reuniones en los aristocráticos patios sevillanos.

En *La Hermana San Sulpicio* vuelve Palacio Valdés a exteriorizar el malestar que le producen los comportamientos que únicamente persiguen el enriquecimiento egoísta. Ataca a la corrompida clase política, pero también a la falsa religiosidad, a la avaricia monetaria, a la prepotencia insufrible y a la carencia escandalosa de instrucción en las capas sociales más elevadas, a las cuales, según Palacio Valdés, sí que se les debe exigir, para que traten de orientar a las menos favorecidas, al tiempo que les sirven de punto de referencia y espejo en el que mirarse.

Importa la novela sevillana, además, porque en ella incluye Palacio Valdés un interesante prólogo teórico en el cual va desgranando sus opiniones en relación a los requisitos que debe contener una obra literaria para cumplir con sus aspiraciones más exigentes. Palacio Valdés, a lo largo de su trayectoria como novelista, se mostró muy preocupado por sentar las bases de su credo estético, por dejar bien claras cuáles eran las directrices que guiaban su práctica literaria, pues fue éste uno de los más reafirmados desvelos del autor lavianés desde sus años juveniles, cuando pisó la arena literaria como pertinaz crítico y comentarista de las novedades literarias.

En estas páginas preliminares de *La Hermana San Sulpicio*, que luego, contra todo pronóstico, jamás se volverán a reimprimir en las ediciones posteriores de la novela, el escritor asturiano se decanta por una subjetividad más idealista en su concepción del Realismo, frente al Naturalismo objetivo, denunciador de injusticias y algo descarnado que había sido la nota común en sus obras precedentes. Las reflexiones sobre el ejercicio literario las repetirá en el prólogo que le ponga a la primera edición de *Los majos de Cádiz*, y dedicará a ellas buena parte del libro *Testamento literario*. Además, están las consideraciones que realice en algunos artículos, las aseveraciones que manifieste en las entrevistas que se le hagan o lo que diga en los discursos que pronuncie. Tampoco han de tomarse al pie de la letra las “poéticas” de Palacio Valdés haciéndolas válidas para el conjunto de su Obra, pues, en algunas particularidades, las declaraciones del autor responden a los criterios que, en dicha etapa, aspiraba a cumplir en sus novelas. Palacio Valdés piensa que la novela es un género abierto, y, por lo tanto, más «independiente». Para el autor asturiano los argumentos deberían ser verídicos sin dejar de ser el resultado de una elaboración artística, y el fin último de la novela radicaría en el entretenimiento que no desatiende la universalidad en el contenido de las acciones. La principal argamasa del edificio narrativo sería la creación de caracteres. En *Testamento literario* manifiesta que: «No hay novela mala con caracteres bien estudiados. Es lo que permanece vivo y firme al través de las edades, porque los caracteres representan las infinitas formas en que la vida del espíritu se desenvuelve».

Pero parte de las consideraciones sobre el arte de escribir novelas que planifica en el prólogo de *La Hermana San Sulpicio* va a incumplirlas rápidamente Palacio Valdés porque en los años siguientes saldrán de su taller las tres producciones más abiertamente naturalistas: una trilogía que se inicia con *La espuma*, continúa con *La fe* y culmina con *El Maestrante*.

La espuma (1890) es una crítica sin contemplaciones de la corrupción reinante en las esferas de poder. Personajes deshonestos y con perniciosas dobleces, seres sin categoría moral alguna son retratados con acidez satírica en medio de ambientes viciados por los que deambula la sociedad capitalista del Madrid decimonónico. La obra tiene una importancia crucial porque hasta entonces los novelistas no

se habían ocupado de este nuevo grupo social en el que todo se mueve únicamente alrededor del dinero, que provoca desde la adulación y el cinismo hasta la hipocresía y la codicia más inmoral. La imagen del obrero como personaje colectivo que nos mostrará en la obra (los sacrificados mineros de Riosa, que contrastan con las conductas sibaritas y dilapidadoras de los diletantes accionistas de la explotación) no evidencia semejanza alguna con la tristemente popularizada por *La aldea perdida* (1903), donde los mineros son sinónimo de maldad extrema, zafiedad y barbarie.

La fe (1892) constituyó el segundo paso en este proceso de ahondamiento naturalista y una superación más cruda e intelectualizada de las ideas desarrolladas en *Marta y María*, lo que motivó que fuera atacada por los sectores más intransigentes del catolicismo oficial, acusándosela de monumento al anticlericalismo. *La fe* está ambientada en la localidad costera de Luanco y persiste hoy, superados estos acartonados prejuicios religiosos, como una bienintencionada novela de tesis sobre la lucha de la conciencia, salpicada de secuencias escabrosas (escapada de un clérigo y una mujer seglar) y dotada de una construcción firme pero algo reiterativa para exponer las ramificaciones de un conflicto fundamentalmente racional, en el que vendría a prevalecer la tesis de la humildad de la resignación.

El Maestrante (1893) gira en torno a un asunto peliagudo, cual es el del adulterio y los malos tratos infantiles, una vejación llevada hasta sus últimas consecuencias debido a los celos de la protagonista femenina Amalia, un perfil casi monstruoso en el que el narrador aúna los más repudiables e indignos sentimientos humanos. La novela es quizá una de las introspecciones más agresivas en la bajeza moral de la vieja aristocracia provinciana, que en el texto se corresponde con la ovetense, ciudad que aparece aquí enmascarada bajo el topónimo ficticio de Lancia. Durante esta primera etapa novelística, Palacio Valdés tiende a localizar la acción en lugares plenamente reconocibles pero que se agazapan detrás de nombres inventados. Así, los falsos topónimos de La Segada y Riofrío hacen referencia a la aldea lavianesa de Entrialgo; Nieva alude a Avilés; Vegalora nos ubica en Pola de Laviana; Peñascosa es Luanco y Sarrió encubre a Gijón y a Avilés. Tan sólo la denominación de Rodillero, espacio físico en el que se desarrolla la novela *José*, plantea algún que otro problema, puesto que las villas de Candás y Cudillero pretenden verse retratadas en el mismo.

Siete años después de la publicación de su novela sevillana, Palacio Valdés ofrece *Los majos de Cádiz* (1896). En franca contraposición a lo que ocurría en *La Hermana San Sulpicio*, cuya cronología real podía averiguarse sin mayores inconvenientes, en el Cádiz del que se vale Palacio Valdés para componer su obra resulta complicado fijar el momento histórico en el que pueden transcurrir los hechos que se novelan.

El universo que ahora retrata es el de las tabernas donde suele ser habitual la disipación en las costumbres y la violencia física entre quienes acuden a ellas.

Por encima de las animosas composiciones de estos ambientes relajados, donde predominan las juergas y las reyertas; por encima de la atención que el narrador les presta a los casos de superstición popular; por encima de la alegría vital que parece envolver todas las manifestaciones colectivas de la ciudad; por encima de todo ello va a despuntar la consistencia y sutileza con la que Palacio Valdés se compromete a delinear los caracteres de sus personajes, complejizando sus arrebatos y comportamientos, y convirtiendo a *Los majos de Cádiz* en un apropiado análisis sobre el orgullo y la estima sentimental, algo así como una novela de graves reminiscencias morales, una creación en la cual las conductas y las psicologías de los protagonistas de la trama amorosa llegan a difuminar el paisaje urbano y marítimo de la ciudad. El reverso de tal circunstancia lo hallamos en *Los cármenes de Granada*, donde el retrato físico de una Granada histórica se superpone a los seres que pululan por ella.

Con la llegada del nuevo siglo Palacio Valdés nos brinda algunas obras notables, tales pudieran ser los casos de las tituladas: *La alegría del capitán Ribot*, *La aldea perdida*, *Tristán o el pesimismo*, *Santa Rogelia* o *Sinfonía pastoral*.

La primera novela que Palacio Valdés ofrece al poner el pie en el siglo XX es *La aldea perdida* (1903), uno de sus trabajos más emblemáticos y por el que adquirirá renombre en su región de origen; se llegó a decir que su venta se voceaba por las calles como se hacía con los periódicos. Con ella, el autor quiere salvaguardar a su paisaje natal de las deformaciones o transformaciones que su terruño ya ha empezado a padecer en el momento en que se escribe la novela, la cual se erige, por lo tanto, no en una llamada de auxilio, sino en la ratificación de algo ya consumado.

La aldea perdida es una obra nacida directamente de la emoción del recuerdo de una Asturias tan remota como irrecuperable, y en principio una novela testamentaria, deudora en parte, como se ha indicado en más de una ocasión, de una estética de la delectación casi sensual en la nostalgia autobiográfica del pasado, en el ansia de preservación de una época feliz que el escritor hace detener en la melancólica memoria.

En *La aldea perdida* las vicisitudes sentimentales quedan relegadas a un segundo plano ante lo que para la mentalidad del autor parece resultar más determinante, como es la captación y expresión de un fuerte proceso de cambio que se está operando en las estructuras patriarcales del sistema agropecuario vigente en la sociedad rural de la Asturias decimonónica, con el consiguiente cambio de orientación en las relaciones de los individuos entre sí y desde un punto de vista de escalafón social.

El autor contempla los hechos ficticios del relato no bajo la mirada realista del adulto cincuentenario que es, sino con una ingenuidad asombrada e infantil que hacen de *La aldea perdida* una regresión a los míticos paraísos de la infancia, territorio en donde se magnifican épicamente personajes y acontecimientos gra-

cias a la fragilidad objetiva del recuerdo. El narrador, como parece lógico, tenderá a borrar de éste los episodios amargos para esmaltar con una prosa poética — ya que sus aptitudes literarias no le permiten escribir en verso, al modo de Homero— aquello que de dulce tuvo o se quiso que tuviera esa primera etapa vital.

Tristán o el pesimismo (1906), al igual que *La alegría del capitán Ribot* (1899), libro con el que el escritor despedía el siglo XIX, son dos novelas que reflejan lo que se ha dado en llamar la conversión de Palacio Valdés a una suerte de cristianismo pragmático (Palacio Valdés distinguió siempre cristianismo de catolicismo, y hacia el catolicismo oficial tuvo siempre gran prevención), una vez que ha renunciado a las disquisiciones teóricas que le habían sumido en la duda. Mientras que en *La alegría del capitán Ribot* se nos habla de la fidelidad de la amistad, de la redención de un carácter tentado por el egoísmo de la situación, en *Tristán o el pesimismo* el narrador se decanta por ofrecernos una visión optimista del devenir humano. Son ambas dos obras en la misma estela ideológica, fundamentadas en contrastes muy marcados y dominadas por un platonismo espiritualizado y armonioso.

Santa Rogelia (1926) supone una continuación en la exploración del naciente mundo que se apuntaba como amenaza en *La aldea perdida*, si bien desde otra atalaya bien distinta. Aquí, la Asturias que Palacio Valdés reúne en su paleta es la Asturias industrializada, la Asturias negra, y no hay enfrentamiento entre la agricultura y la minería, sino una aceptación resignada del nuevo panorama social. Dividida en tres partes, la primera de las cuales se desarrolla en tierras de Langreo, en ella el autor nos presenta las consecuencias de la minería a través de un personaje singularísimo y fuera de su tiempo como es el místico de Rogelia, que por un lado se opone a Máximo, el Plutón de *La aldea perdida*, y por otra parte encuentra un acicate en el arcangélico e imposible personaje de Cristobalina, que conduce a Rogelia a una reparación o restitución moral. En *Santa Rogelia*, Palacio Valdés nos detalla cómo la religión puede salvar a una mujer desgajándola de un entorno viciado; una mujer como Rogelia, que es producto de una realidad tan poco evangélica cual fue, según el pensamiento socio-económico de Palacio Valdés, la que acarreó la introducción de las explotaciones mineras en Asturias.

Publicada veintitrés años después de *La aldea perdida*, en el de Rogelia hay una recuperación del personaje de Demetria, una readaptación del prototipo de campesina decimonónica que ahora adquiere otra dimensión y es trasladada a un estadio casi irreal, a un nivel superior al mundano, y que resulta ser un modelo atemporal incomprensible si no se tuviera en cuenta la delicada coyuntura religiosa, cercana a la aceptación del dogma, que entonces estaba viviendo el novelista.

Santa Rogelia es una novela cuyo arranque Palacio Valdés muy bien podría haber situado en el valle de Laviana, pero que se esfuerza de entrada en evitarlo para preservar a ese espacio mítico para él que es su terruño natal de la penetra-

ción y consolidación de los nuevos sistemas de trabajo y economía industrial, en lo que antaño había sido el centro de su imaginario patriarcal, con ricos hacendados y obedientes campesinos, desposeídos de cualquier afán reclamante. Cuando Palacio Valdés retorne literariamente al concejo de Laviana será para pintarnos las realidades agrarias del XIX, y lo hará en la obra larga que cierra su trayectoria novelística: *Sinfonía pastoral*. Esta huida voluntaria del tiempo contemporáneo es en esencia un recogimiento en el tiempo pasado, que se contempla como confortable rescoldo de la memoria. Otro tanto sucederá con *Los cármenes de Granada*. Y es que *Santa Rogelia*, *Los cármenes de Granada* y *Sinfonía pastoral* son tres novelas que salen al mercado casi consecutivamente y que comparten un pensamiento y una planificación interna muy afín.

El cierre del ciclo andaluz lo pone *Los cármenes de Granada* (1927). Estamos no en una ciudad coetánea al momento en que se redacta la obra, finales de los años 20 del siglo XX, sino en una Granada pretérita repleta de pedagogía histórica, una Granada en donde la herencia cristiana, judía y musulmana son inseparables. Es, además, una Granada en la que a Palacio Valdés le interesa recomponer el abandono en el que están inmersas las señas de identidad culturales de la ciudad. La obra constituye un clamor levantado contra la dejadez en el conservacionismo del importantísimo legado cultural árabe. Es, por lo tanto, una novela elegíaca, centrada básicamente en la oposición de caracteres; una obra de decadencia en la que el autor asturiano procede a denunciar el abandono de un pasado que explica muy bien el presente, y que en cierta medida, al lado del rechazo a los avances del progreso, trae al recuerdo las tesis arcádicas de *La aldea perdida*.

Con *Sinfonía pastoral* (1931) vuelve el novelista a la evocación personal del universo agrícola asturiano del que había tenido conocimiento durante su infancia, y lo hace para cantar las excelencias que el trabajo del campo posee a la hora de reparar la quebrada salud del encaprichado personaje de Angelina Quirós. El narrador sitúa la acción sin equívocos en torno al año de 1885, pues alude al traslado no definitivo de fray Zeferino González del arzobispado de Sevilla al de Toledo. La novela toma el título y la distribución de los capítulos de la famosa composición musical de Beethoven, la sinfonía nº 6, llamada *Pastoral*, en la que el músico alemán exalta el medio rural.

El pulso, todavía en ocasiones vibrante, de Palacio Valdés se detiene, a veces con excesiva morosidad, en la transmisión al lector con todo lujo de detalles de un repertorio suficientemente explicativo de las faenas agropecuarias y las costumbres tradicionales que se registraban en la Asturias montañesa de la segunda mitad del XIX; todo ello convertirá muchas de las páginas de *Sinfonía pastoral* en un rico friso de etnografía y antropología cultural, ocupando un arco mucho más prolífico y completo en el aporte de noticias sobre usos, costumbres y tradiciones rurales del evidenciado en *La aldea perdida*.

El mundo campesino de esta novela crepuscular entroncaría sin mayores problemas con el que su autor nos había mostrado en *La aldea perdida*, obra a la que sirve de idóneo complemento puesto que el marco elegido ahora es la parroquia lavianesa de El Condado, que en *La aldea perdida* no había pasado de ser más que un mero referente geográfico en las plásticas confrontaciones que regularmente se sucedían entre los jóvenes aldeanos de una y otra parroquia. Aquí, el clima armonioso sólo lo quiebran pendencieros mozos procedentes de otros concejos. También la Pola, capital del concejo y escenario un poco más atendido en la primera de sus novelas, adquiere en esta última un papel más singular que en *La aldea perdida*, como puede ejemplificarlo la atención que el narrador le dedica al mercado semanal de los jueves.

En *Sinfonía pastoral* no hay disputas entre campesinos de lugares enemistados ni se adornan las actividades de los labriegos con rasgos de epopeya griega, tal y como acontecía en *La aldea perdida*. En este sentido, es *Sinfonía pastoral* una obra más puramente costumbrista que va a conceder primacía a la recopilación de información más o menos fidedigna sobre el mundo rural y su ciclo interno. Quiere, pues, Palacio Valdés completar el recorrido emocional por su paisaje natal y natural, actualizando con una mayor documentación lo que supuso para la sociedad asturiana de esa época su modo de vida tradicional y ofrecer un retrato más detallado de la idiosincrasia de un pasado que, ahora, al final de sus días, ve muy próximo a sus querencias más íntimas, y en el que hace recaer el verdadero legado de sus antepasados, la preciada herencia que no debe perderse bajo ninguna circunstancia.

Mención aparte merece la producción cuentística de Palacio Valdés, cuentos que, al margen de las entregas individuales o las selecciones de sus relatos, se encuentran dispersos por obras misceláneas, recopilaciones de escritos varios o libros de memorias, como *Aguas fuertes* (1884), *La novela de un novelista* (1921) o *Tiempos felices* (1933); cuentos que no han sido suficientemente atendidos por sus estudiosos. En sus relatos, Palacio Valdés se concentra en algunas de las virtudes estilísticas que le otorgaron mayor reconocimiento, haciéndonoslas incluso más patentes que en ciertas novelas suyas. La valía de sus cuentos la avala, por ejemplo, la necesaria condensación que el género cuentístico demanda en comparación con la novela, condensación tanto en valores intrínsecos como en técnica, temática, recursos y procedimientos. La narrativa corta de Palacio Valdés recorre, con pausas e intervalos, toda su carrera literaria: su primer trabajo de creación fue el cuento *Crótales hórridos*, que se publicó, en tres partes, en la *Revista de Asturias*, en 1878; y su última aportación como escritor, casi sesenta años después de aquella madrugadora entrega, fue también una pieza corta titulada *Los contrastes electivos*, que vio la luz en 1936 y donde el fulgor narrativo del autor lavianés, que entonces contaba ochenta y tres años de edad, se había apagado ya considerablemente.

Los relatos de Palacio Valdés abundan en pormenorizadas descripciones de ambientes y personajes, despuntando en ellos cualidades como la ternura que manifiesta hacia animales, niños o aquellos seres desvalidos o frágiles de la sociedad; cualidades como el encanto y la sugestión que le infunde al narrador el espectáculo de la naturaleza o el humor entre compasivo y amargo que le suscitan comportamientos y conductas reprobables, muchas veces relacionadas con el ambiente sociopolítico de su tiempo. Será una constante del ideario palaciovaldesiano la condena que en varias ocasiones, y en más de una novela, haga de las ejecuciones públicas o de los duelos a muerte en cualesquiera de sus modalidades, actividades que Palacio Valdés juzga anacrónicas y carentes de sentido, aunque, paradójicamente, fuera el escritor de Entrialgo, que conocía algo los pormenores del manejo del florete, uno de los instigadores del duelo que enfrentó a Bobadilla con 'Clarín', y donde antes de su celebración dispensó al catedrático de Derecho unas lecciones que de poco le valieron.

Los cuentos de Palacio Valdés resultan a medias idealistas por las enseñanzas cívicas que ansía prender en sus destinatarios, y a medias apuntes muy poco esquemáticos de sucesos que podían captar rápidamente —por la fina ironía, el firme trazado descriptivo y la sugestión de caracteres y anécdota— el interés del lector de la clase media de fin de siglo y que actualmente no dejarían de provocárselo al lector de nuestros días, independientemente de su extracción y competencia, si se aproximase desprejuiciadamente a dichas piezas.

IV. REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO DE LA PRODUCCIÓN LITERARIA⁴

1. NOVELAS

1.1. Avance o extractos de novelas

- 1) “*El señorito Octavio*” (anticipo), en: *La Iberia*, Madrid, 11 de marzo de 1881.
- 2) “Capítulo primero de *El señorito Octavio*”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 5, año V, 15 de marzo de 1881, pp. 74-77.
- 3) “*El idilio de un enfermo*” (anticipo), en: *La Época*, Madrid, 26 de mayo de 1884.
- 4) “*El idilio de un enfermo*” (anticipo), en: *El Imparcial*, Madrid, 9 de junio de 1884.
- 5) “*Riverita*”, en: *La Época*, Madrid, 12 de abril de 1886.
- 6) “Un balance de lidia [de *Riverita*]”, en: *La Época*, Madrid, 4 de mayo de 1886.
- 7) “*El idilio de un enfermo*”, en: *La Época*, Madrid, 6-14, 16-24, 26-31 de agosto y 1-10 de septiembre de 1886.
- 8) “*La espuma*”, en: *La Época*, Madrid, 12 de enero de 1891.
- 9) “*Años de juventud del Doctor Angélico*” (anticipo), en: *Revista Quincenal*, Barcelona, 10 de enero de 1917.

1.2. Novelas⁵

- 1) *El señorito Octavio. Novela sin pensamiento transcendental*. Madrid, Fernando Fe (Correspondencia Ilustrada), 1881. 369 páginas.
- 2) *Marta y María. Novela de costumbres*. Barcelona, Francisco Pérez Editor, “Biblioteca Arte y Letras”, 1883. Ilustraciones de José Luis Pellicer. 372 páginas.
- 3) *El idilio de un enfermo. Novela de costumbres*. Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe, 1884. 278 páginas.
- 4) *José. Novela de costumbres marítimas*. Madrid, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1885. 269 páginas.

⁴ La organización en cada apartado y subapartados es cronológica. No se ha estimado procedente la inserción de un apartado dedicado al epistolario de Palacio Valdés, ya que esta faceta la consideramos no estrictamente literaria, al quedar fuera del alcance revisor de su autor.

⁵ Sólo aludimos a la primera edición, siempre que se citen obras en formato de libro. En consecuencia, no se registran aquí las sucesivas ediciones que pudiera tener un mismo título. El año de edición que se consigna se corresponde con el que viene estampado en las primeras páginas del libro, aunque algunos de éstos saliesen a la venta en las últimas semanas del año precedente.

- 5) *Riverita*. Madrid, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1886. 2 tomos.
- 6) *Maximina. 2ª parte de Riverita*. Madrid, Murillo, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1887. 2 tomos.
- 7) *El cuarto poder. Novela de costumbres*. Madrid, Tipografía de Manuel Ginés Hernández, 1888. 2 tomos.
- 8) *La Hermana San Sulpicio*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1889. 2 tomos.
- 9) *La espuma. Novela de costumbres contemporáneas*. Barcelona, Henrich y Cia en comandita Editores, Imprenta de Sucesores de N. Ramírez y Cia, 1890. Ilustraciones de M. Alcázar y José Cuchy. 2 tomos en un volumen de 279 páginas.
- 10) *La fe*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1892. 321 páginas.
- 11) *El Maestrante*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1893. 434 páginas.
- 12) *El origen del pensamiento*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1893. 477 páginas.
- 13) *Los majos de Cádiz. Novela de costumbres*. Madrid, Victoriano Suárez, 1896. 287 páginas.
- 14) *La alegría del capitán Ribot*. Madrid, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1899. 281 páginas.
- 15) *La aldea perdida. Novela-poema de costumbres campesinas*. Madrid, Imprenta de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1903. 309 páginas.
- 16) *Tristán o el pesimismo. Novela de costumbres*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1906. 406 páginas.
- 17) *Años de juventud del Doctor Angélico. Nuevos papeles del Doctor Ángel Jiménez*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1918. 354 páginas.
- 18) *La hija de Natalia. Últimos días del Doctor Angélico*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1924. 323 páginas. (Con esta novela concluye la trilogía del Doctor Angélico, integrada, además, por el libro misceláneo *Papeles del Doctor Angélico* y la novela *Años de juventud del Doctor Angélico*).
- 19) *Santa Rogelia (De la leyenda de oro)*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1926. 306 páginas.
- 20) *Los cármenes de Granada*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1927. 303 páginas.
- 21) *Sinfonía pastoral. Novela de costumbres campesinas*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1931. 297 páginas.

2. NOVELAS CORTAS , CUENTOS Y ESTAMPAS LITERARIAS

2.1. Novelas cortas , cuentos y estampas literarias sin formar volumen

- 1) “*Cróतालus hórridus*. Cuento”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 38, año II, 15 de noviembre de 1878, pp. 505-509. También en: *Revista Europea*, Madrid, nº del 3 de noviembre (pp. 554-561) y nº del 10 de noviembre de 1878 (pp. 586-592).
- 2) “*Cróतालus hórridus*. Conclusión”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 39, año II, 25 de noviembre de 1878, pp. 519-523. También en: *Nuestro Tiempo (Revista mensual ilustrada)*, Madrid, nº 26, año III, febrero de 1903, pp. 181-200.
- 3) “*El sueño de un reo de muerte*”, en: *La Época (Diario constitucional de España)*, Madrid, 23 de febrero de 1880.
- 4) “Bocetos madrileños. *El estanque grande del Retiro*”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 5, año IV, 15 de marzo de 1880, pp. 65-66.
- 5) “Aguas fuertes”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 2, 1 de agosto de 1882.
- 6) “Aguas fuertes. *El Retiro de Madrid*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 4, 1 de noviembre de 1882, pp. 26-27.
- 7) “Aguas fuertes. *El Retiro de Madrid*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 5, 1 de diciembre de 1882, pp. 34-35.
- 8) “Aguas fuertes. *La Biblioteca Nacional*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 6, 1 de febrero de 1883, pp. 41-42.
- 9) “*Los puritanos*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 7, 1 de marzo de 1883, pp. 49-54.
- 10) “*El último bohemio*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 8, 1 de abril de 1883, pp. 57-59.
- 11) “*Los amores de Clotilde*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 9, 1 de mayo de 1883, pp. 66-71.
- 12) “*La confesión de un crimen*”, en: *La Ilustración Ibérica (Semanao literario, científico y artístico)*, Barcelona, nº 21, año I, 26 de mayo de 1883, p. 7.
- 13) “*La confesión de un crimen (Conclusión)*”, en: *La Ilustración Ibérica (Semanao literario, científico y artístico)*, Barcelona, nº 22, año I, 2 de junio de 1883, pp. 6-7.
- 14) “*El drama de las bambalinas*”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 15, diciembre de 1883, pp. 115-118.
- 15) “*La Abeja*”, en: *La Época*, Madrid, 24 de noviembre de 1884.
- 16) “*El paseo de Recoletos*”, en: *Almanaque de Madrid Cómico para 1885*, Madrid, nº 98, 4 de enero de 1885, p. 18.
- 17) “*Los puritanos*”, en: *La Época*, Madrid, 23, 25, 27 y 29 de julio de 1885.
- 18) “*Los amores de Clotilde*”, en: *La Época*, Madrid, 29-31 de julio de 1885.

- 19) “*El paseo de Recoletos*”, en: *La Época*, Madrid, 24 de septiembre de 1885.
- 20) “*El pájaro en la nieve*”, en: *La Época*, Madrid, 10-12 de mayo de 1886.
- 21) “*Seducción (Agua Fuerte)*”, en: *La España Moderna*, Madrid, nº 6, junio de 1889, pp. 5-17.
- 22) “*De las memorias inéditas de D. César de las Matas de Arbín*”, en: *Revista Laviana*, Pola de Laviana (Asturias), nº extraordinario de agosto de 1905.
- 23) “*La tela de araña*”, en: *La Esfera*, Madrid, nº 2, 10 de enero de 1914.

2.2. *Novelas cortas y cuentos en volumen único*

- 1) *Crótales hórridas* (con *Lola Lee*, de Félix de Aramburu y Zuloaga, y *Troncos y ramas*, de Eduardo Bustillo). Madrid, Casa Editorial de Medina, 1879. 156 páginas.
- 2) *¡Solo!*. Madrid, B. Rodríguez Serra, Colección “Biblioteca Mignón”, tomo II, 1899. Ilustraciones de R. París. (Incluye también: *El pájaro en la nieve*). Previamente, había aparecido, con el título de *Chucho*, en el libro colectivo *Novelas y caprichos*.
- 3) *Los amores de Clotilde*. Barcelona, 1900.
- 4) *Seducción*. Madrid, Biblioteca Moderna, tomo I, 1900.
- 5) *El pájaro en la nieve*. Madrid, Colección “Los contemporáneos”, nº 471, año X, Imprenta de *Alrededor del Mundo*, 10 de enero de 1918. Sin paginación. (Incluye también: *Las defensas naturales* y *¡Solo!*).
- 6) *La confesión de un crimen*. Madrid, Colección “Los contemporáneos”, nº 593, 1920. 24 páginas.
- 7) *El saladero. Recuerdos del Madrid viejo*. Madrid, Publicaciones Prensa Gráfica, Colección “La novela semanal”, nº 109, 1923. 64 páginas. Posteriormente, y con otro título, fue incorporado al volumen *Tiempos felices. Escenas de la época esponsalicia*⁶.
- 8) *Polifemo*. Madrid, Biblioteca Literaria del Estudiante, tomo IV, 1925.
- 9) *A cara o cruz. Novela*. Madrid, Editorial Pueyo, “Selecciones Pueyo”, nº 1, Imprenta Helénica, 1929. 145 páginas.
- 10) *Los contrastes electivos*. Madrid, Editores Reunidos, Colección “La novela de una hora”, nº 1, 1936. 58 páginas.
- 11) *Cómo se casó Brañanova*. Madrid, “La novela del sábado”, nº 28, Antología IV, El oro de los galeones, octubre de 1953. 64 páginas. (Incluye también: *Cómo se casó Izarraguirre*, relatos ambos pertenecientes a *Tiempos felices. Escenas de la época esponsalicia*).

⁶ Vid. la entrada n.º 6 del subapartado 2.3

- 12) *El crimen de la calle de la Perseguida*. Barcelona, Editorial Bruguera, Colección “Club joven”, nº 67, 1982. Ilustraciones de Mabel Álvarez. 188 páginas.

2.3. *Novelas cortas, cuentos y estampas literarias reunidas en volumen*

- 1) *Aguas fuertes. Novelas y cuadros*. Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe, 1884. 327 páginas. (Incluye: *El Retiro de Madrid*, *El pájaro en la nieve*, *La Academia de Jurisprudencia*, *El hombre de los patibulos*, *La confesión de un crimen*, *La Biblioteca Nacional*, *El drama de las bambalinas*, *Lloviendo*, *El paseo de Recoletos*, *La Castellana*, *Los mosquitos líricos*, *El último bohemio*, *Los amores de Clotilde*, *El profesor León*, *El sueño de un reo de muerte*, “*La Abeja*” (periódico científico y literario), *El crimen de la calle de la Perseguida*, *El potro del señor cura*, *Polifemo* y “*Los puritanos*”)
- 2) *Papeles del Doctor Angélico. Editados por Armando Palacio Valdés*. Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez, 1911. 458 páginas.
- 3) *Sedución*. Madrid, Editorial Renacimiento, 1914. 213 páginas. (Incluye varios cuentos)
- 4) *El pájaro en la nieve y otros cuentos*. Madrid, 1925. Dibujos de Echea.
- 5) *Los puritanos*. Madrid, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, Colección “Los grandes autores contemporáneos”, nº 7, 1929. 160 páginas. (Incluye: “*Los puritanos*”, *¡Solo!*, *El pájaro en la nieve*, *El drama de las bambalinas*, *Los amores de Clotilde*, *Sedución*, *Polifemo*; la historia de *Papeles del Doctor Angélico* titulada: *Vida de canónigo*, y el capítulo de *La novela de un novelista* titulado: *Ramonín*).
- 6) *Tiempos felices. Escenas de la época esponsalicia*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1933. 289 páginas.
- 7) *Palacio Valdés y Laviana*. Pola de Laviana (Asturias), Edición del Excmo. Ayuntamiento de Laviana, 1983. 206 páginas. (Incluye fragmentos de novelas, artículos y un cuento: *El potro del señor cura*)
- 8) *Palacio Valdés y Asturias*. Oviedo, ALSA, 1989. 205 páginas. (Incluye fragmentos de novelas y los cuentos: *¡Solo!*, “*Los puritanos*”, *Polifemo*, *El potro del señor cura*, *Un testigo de cargo* y *La confesión de un crimen*)
- 9) *El pájaro en la nieve y otros cuentos*. Madrid, Editorial Montena, 1990. (Incluye: *El pájaro en la nieve*, *La confesión de un crimen*, *El crimen de la calle de la Perseguida*, *El potro del señor cura*, *Polifemo*, “*Los puritanos*”; y los capítulos de *La novela de un novelista* titulados: *El cachorrillo* y *Caballería infantil*)
- 10) *Cuentos de mansos, pícaros y ahorcados*. Madrid, Editorial Clan, nº 13, 1998. Ilustraciones de Marina Arespacochaga. (Incluye: *El pájaro en la nieve*, *La confesión de un crimen*, *El crimen de la calle de la Perseguida*, *Polifemo*, *Los puritanos*, *Crótalus hórridus*, *Sedución*; la novela corta *A cara o cruz* y el capítulo de *La novela de un novelista* titulado: *El cachorrillo*)

3. MEMORIAS LITERARIAS

3.1. *Avance de memorias literarias*

- 1) “*La novela de un novelista*”(anticipo), en: *Voluntad*, Madrid, un nº de 1921.

3.2. *Memorias literarias*

- 1) *La novela de un novelista. Escenas de la infancia y adolescencia*. Madrid, Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1921. 313 páginas.

4. OBRAS DE CRÍTICA LITERARIA

4.1. *Avance de obras de crítica literaria*

- 1) “Prólogo del *Nuevo viaje al Parnaso*”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 1, año IV, 15 de enero de 1880, pp. 4-7.

4.2. *Obras de crítica literaria*

- 1) *Los oradores del Ateneo. Semblanzas y perfiles críticos*. Madrid, Casa Editorial de Medina, Establecimiento Tipográfico de J. C. Conde y Cia, 1878. 141 páginas.
- 2) *Los novelistas españoles. Semblanzas literarias*. Madrid, Casa Editorial de Medina, Establecimiento Tipográfico de J. C. Conde y Cia, 1878. 161 páginas.
- 3) *Nuevo viaje al Parnaso. Poetas contemporáneos*. Madrid, Imprenta Plaza de la Armería nº 3, 1879. 175 páginas.
- 4) *La literatura en 1881* (compuesto en colaboración con Leopoldo Alas ‘Clarín’). Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, Editor, Imprenta-Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau (Sucesores de Rivadeneyra), 1882. 202 páginas.
- 5) *Semblanzas literarias*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Tipografía de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1908. 418 páginas. (Reúne en un solo volumen los títulos: *Los oradores del Ateneo*, *Los novelistas españoles* y *Nuevo viaje al Parnaso*).

5. OBRA ENSAYÍSTICA

5.1. *Compilación de artículos periodísticos*

- 1) *La guerra injusta. Cartas de un español*. Barcelona/París, Bloud & Gay Editores, Imp. Artistique Lux, 1917. 197 páginas.

- 2) *Álbum de un viejo. Segunda parte de la "Novela de un novelista". Obra póstuma.* Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Talleres Gráficos Marsiega, 1940. 238 páginas.

5.2. Ensayos

- 1) *El gobierno de las mujeres.* Madrid, Colección "Los contemporáneos", nº 485, año X, Imprenta de *Alrededor del Mundo*, 18 de abril de 1918. Sin paginación. (Reproduce el ensayo, también titulado *Una opinión*, que aparecía en *Papeles del Doctor Angélico*).
- 2) *Testamento literario.* Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta Helénica, 1929. 278 páginas.
- 3) *El gobierno de las mujeres.* Madrid, Editorial Siglo XX, Colección "Mi lectura favorita", nº 1, 1928. 96 páginas. (Esta edición recoge únicamente el ensayo del mismo título que aparecía en *Papeles del Doctor Angélico* y que constituiría el apéndice de la posterior edición de 1931 del mismo título, acompañándolo de varios relatos y capítulos de otras obras palaciovaldesianas: *¡Solo!*, *Seducción*, *La burbuja*, *Un interview con Prometeo*, *La matanza de los zánganos*, *Perico el bueno*, *Vida de canónigo*, *Las defensas naturales*, *Misterios dolorosos*, *Un testigo de cargo* y *La muerte de un vertebrado*).
- 4) *El gobierno de las mujeres. Ensayo histórico de política femenina.* Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1931. 250 páginas.

5.3. Discursos

- 1) *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Armando Palacio Valdés el día 12 de diciembre de 1920. Tema: ¿Qué es un literato? ¿Qué papel representa, cuál es el que debe representar en nuestra sociedad? Contestación de D. Eugenio Sellés, Marqués de Gerona.* Madrid, Real Academia Española, Imprenta de los Hijos de Manuel Ginés Hernández, 1920. 77 páginas.

6. PALACIO VALDÉS TRADUCTOR

- 1) *La irreligión del porvenir*, de Eduardo Hartmann. Madrid, Eduardo de Medina, 1888. 165 páginas.

7. PRÓLOGOS Y CARTAS-PRÓLOGO

- 1) *Asturias. Información sobre su presente estado moral y material*, de Salvador Canals. Madrid, M. Romero Impresor, 1900. 187 páginas. (El prólogo de Palacio Valdés se titula "Verde y Negro": pp. XIV-XVIII).

- 2) *Balmes político*, de Maximiliano Arboleya Martínez. Barcelona, D. Eugenio Subirana, Editor y Librero Pontificio, Imprenta de *El Carbayón*, 1911. 76 páginas. (La carta-prólogo de Palacio Valdés: pp. XXVII-XXXI).
- 3) *Crítica efímera. Tomo II*, de Julio Casares. Madrid, Editorial Saturnino Calleja, 1919. (La carta-prólogo de Palacio Valdés: pp. 15-16).
- 4) *Orbayos de la quintana*, de José Benigno García (*Marcos del Torniello*). Madrid, Imprenta Helénica, 1925. 327 páginas. (La carta-prólogo de Palacio Valdés: pp. 7-8)
- 5) *Armando Palacio Valdés*, de Ángel Cruz Rueda. Madrid, Imprenta Helénica, 1925. (La carta-prólogo de Palacio Valdés ocupa tres páginas sin numerar)
- 6) *Poemas de Asturias*, de Casimiro Cienfuegos y Rico. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, Imprenta Góngora, 1929. 183 páginas. (La carta prólogo de Palacio Valdés ocupa una página sin numerar).
- 7) *Patriotismo y ciudadanía (en el palenque periodístico). Lo que destruyó la revolución roja del mes de octubre en Asturias*, de Julián Orbón. Gijón, Talleres Tipográficos La Fe, 1935. 181 páginas. (El prólogo de Palacio Valdés ocupa una página sin numerar).

8. ADAPTACIONES TEATRALES

- 1) *La Hermana San Sulpicio (Comedia en tres actos). Escenificación de la novela por Ernesto León*. Madrid, Prensa Moderna, Colección “El teatro moderno”, nº 231, año VI, 1930.

9. OBRAS ESCOGIDAS

- 1) *Páginas Escogidas*. Madrid, Casa Editorial Calleja, Imprenta de *Alrededor del Mundo*, 1917. 378 páginas.
- 2) *Cuentos Escogidos*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1923. 634 páginas. (Incluye, además de algunos cuentos, páginas entresacadas de otras obras de Palacio Valdés como: *Aguas fuertes*, *Papeles del Doctor Angélico* o *La novela de un novelista*).
- 3) *Obras Escogidas*. Prólogo de Luis Astrana Marín. Madrid, Aguilar, Colección “Obras eternas de autores inmortales”, 1933. 2.250 páginas. (Reúne 16 novelas).

10. OBRAS SELECTAS

- 1) *Obras Selectas*. Introducción y prólogo de Joaquín de Entrambasaguas. Barcelona, Editorial Planeta, 1963-1964. 2 tomos.

- 2) *Las mejores novelas contemporáneas. Volumen III (1905-1909)*. Introducción de Joaquín de Entrambasaguas. Barcelona, Editorial Planeta, 1967. (Incluye: *Tristán o el pesimismo*).
- 3) *Obras Selectas*. Prólogo, notas y bibliografía de Magdalena Cueto Pérez. Madrid, Hércules-Astur de Ediciones, “Grandes autores asturianos”, 1989. 548 páginas. (Incluye: *El señorito Octavio* y *La aldea perdida*).
- 4) *Obras Selectas*. Prólogo, notas y bibliografía de Leopoldo Sánchez Torre. Oviedo, Hércules-Astur de Ediciones, “Grandes autores asturianos”, 1997. 491 páginas. (Incluye: *Marta y María* y *José*).

11. OBRAS COMPLETAS

- 1) *Obras Completas*. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1894-1941. 28 tomos⁷.

- I: *El idilio de un enfermo*
- II: *Marta y María*
- III: *El señorito Octavio*
- IV: *La Hermana San Sulpicio*
- V: *Riverita*
- VI: *Maximina*
- VII: *La espuma*
- VIII: *José. ¡Solo!. Seducción*
- IX: *El cuarto poder*
- X: *Aguas fuertes*
- XI: *Semblanzas literarias*
- XII: *La alegría del capitán Ribot*
- XIII: *La fe*
- XIV: *La aldea perdida*
- XV: *Tristán o el pesimismo*
- XVI: *Papeles del Doctor Angélico*
- XVII: *Los majos de Cádiz*
- XVIII: *El Maestrante*
- XIX: *El origen del pensamiento*
- XX: *Años de juventud del Doctor Angélico*
- XXI: *La novela de un novelista*
- XXII: *Santa Rogelia*
- XXIII: *La hija de Natalia*
- XXIV: *Los cármens de Granada*
- XXV: *Testamento literario*
- XXVI: *Sinfonía pastoral*
- XXVII: *Tiempos felices*
- XXVIII: *Álbum de un viejo*

⁷ La numeración exacta y títulos de las tres últimas referencias que se anotan aquí no ha podido ser comprobada fehacientemente, por lo cual sólo es orientativa y, por supuesto, susceptible de estar errada.

- 2) *Obras Completas*. Madrid, Editorial Pueyo, 1925-1927. 3 tomos.
 3) *Obras Completas*. Madrid, Imprenta Marsiega, 1943. 5 tomos.
 4) *Obras Completas*. Prólogo de Luis Astrana Marín. Madrid, M. Aguilar, Colección “Obras eternas”, 1945. 2 tomos.

I: *Marta y María*

José
Riverita
Maximina
El cuarto poder
La Hermana San Sulpicio
La alegría del capitán Ribot
La fe
La aldea perdida
Los majos de Cádiz
Tristán o el pesimismo
Papeles del Doctor Angélico
Años de juventud del Doctor Angélico
La hija de Natalia
Santa Rogelia
Sinfonía pastoral

II: *El señorito Octavio*

El idilio de un enfermo
La espuma
El Maestrante
El origen del pensamiento
Los cármens de Granada
La novela de un novelista
Álbum de un viejo
A cara o cruz

Cuentos:

Tiempos felices
Aguas fuertes
Cróталus hórridus
Seducción
Los contrastes electivos

Escritos varios:

Semblanzas literarias
Testamento literario
El gobierno de las mujeres
La guerra injusta
La literatura en 1881
La catedral y la fábrica
Discurso de ingreso en la RAE

- 5) *Obras Completas*. Madrid, Ediciones FAX, 1946-1957. 31 tomos.

- I: *El señorito Octavio*
 II: *Marta y María*
 III: *El idilio de un enfermo*
 IV: *Aguas fuertes*
 V: *José*
 VI: *Riverita*
 VII: *Maximina*
 VIII: *El cuarto poder*
 IX: *La Hermana San Sulpicio*
 X: *La espuma*
 XI: *La fe*
 XII: *El Maestrante*
 XIII: *El origen del pensamiento*
 XIV: *Los majos de Cádiz*
 XV: *La alegría del capitán Ribot*
 XVI: *La aldea perdida*
 XVII: *Tristán o el pesimismo*
 XVIII: *Semblanzas literarias*
 XIX: *Papeles del Doctor Angélico*
 XX: *Años de juventud del Doctor Angélico*
 XXI: *La hija de Natalia*
 XXII: *Seducción, y otros cuentos* (Incluye los cuentos y novelas cortas titulados: *Seducción, A cara o cruz, Crócalus hórridas, Los contrastes electivos* y *¡Solo!*)
 XXIII: *La guerra injusta, y otros estudios*
 XXIV: *La novela de un novelista*
 XXV: *Álbum de un viejo*
 XXVI: *Santa Rogelia*
 XXVII: *Los cármenes de Granada*
 XXVIII: *El gobierno de las mujeres*
 XXIX: *Testamento literario*
 XXX: *Sinfonía pastoral*
 XXXI: *Tiempos felices*

12. ARTÍCULOS⁸

- 1) “Primer artículo” (con la forma epistolar de una “Carta al director” y firmado sucintamente con las iniciales L. E.), en: *El Eco de Avilés*, Avilés, 22 de julio de 1869.
- 2) “Notas extranjeras”, en: *El Cronista*, Madrid, septiembre-diciembre de 1874.
- 3) “Ensayo sobre *El problema religioso. Doctrinas religiosas del racionalismo contemporáneo*, de Francisco de Paula Canalejas”, en: *Revista Europea*, Madrid, 23 de mayo de 1875.

⁸ No se incluyen aquí las crónicas que para *El Imparcial* envió Palacio Valdés desde Francia y que se coleccionaron posteriormente (1917) en *La guerra injusta. Cartas de un español*.

- 4) “Los oradores del Ateneo. Don José Moreno Nieto”, en: *La Política*, Madrid, 15 de junio de 1875.
- 5) “Cartas de todas partes”, en: *El Solfeo (Bromazo diario para músicos y danzantes)*, Madrid, 11 de julio de 1875.
- 6) “Apuntes críticos”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 141, año III, 5 de noviembre de 1876, pp. 601-603.
- 7) “El discurso del Sr. Moreno Nieto sobre los sistemas filosóficos modernos”, en: *Revista Europea*, Madrid, un nº de diciembre de 1876, año III, pp. 633-635.
- 8) “Apuntes críticos”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 153, año IV, 28 de enero de 1877, pp. 115-117.
- 9) “Apuntes críticos. *O locura o santidad*, drama en tres actos de don José Echegaray”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 154, año IV, 4 de febrero de 1877, pp. 150-153.
- 10) “Los oradores del Ateneo. Don Miguel Sánchez”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 157, año IV, 25 de febrero de 1877, pp. 248-250.
- 11) “Los oradores del Ateneo. Don Segismundo Moret y Prendergast”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 158, año IV, 4 de marzo de 1877, pp. 281-283.
- 12) “Los oradores del Ateneo. Don Carlos María Perier”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 159, año IV, 11 de marzo de 1877, pp. 304-305.
- 13) “Los oradores del Ateneo. Don Laureano Figuerola”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 162, año IV, 1 de abril de 1877, pp. 408-410.
- 14) “Los oradores del Ateneo. Don Juan Valera”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 164, año IV, 15 de abril de 1877, pp. 470-472.
- 15) “Apuntes críticos”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 165, año IV, 22 de abril de 1877, pp. 506-508.
- 16) “Los oradores del Ateneo. Don José Moreno Nieto”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 168, año IV, 13 de mayo de 1877, pp. 601-602.
- 17) “Los oradores del Ateneo. Don José Carvajal”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 169, año IV, 20 de mayo de 1877, pp. 169-170.
- 18) “Los oradores del Ateneo. Don Luis Vidart”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 171, año IV, 3 de junio de 1877, pp. 702-704.
- 19) “Los oradores del Ateneo. Don Gumersindo de Azcárate”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 173, año IV, 17 de junio de 1877, pp. 765-767.
- 20) “Los oradores del Ateneo. Don Manuel Pedregal”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 174, año IV, 24 de junio de 1877, pp. 792-794.
- 21) “Los oradores del Ateneo. Don Francisco de Paula Canalejas”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 197, año IV, 2 de diciembre de 1877, pp. 725-727.
- 22) “Los oradores del Ateneo. Don Manuel de la Revilla”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 198, año IV, 9 de diciembre de 1877, pp. 766-768.
- 23) “Los oradores del Ateneo. Don Francisco Javier Galvete”, en: *Revista Europea*, Madrid, nº 199, año IV, 16 de diciembre de 1877, pp. 796-798.

- 24) “Correspondencia de Madrid”, en: *Ecos del Nalón*, Oviedo, nº 8, año II, 8 de enero de 1878, pp. 57-58.
- 25) “Correo de Madrid”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 14, año II, 15 de marzo de 1878, pp. 122-123.
- 26) “Correo de Madrid”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 15, año II, 25 de marzo de 1878, pp. 139-140.
- 27) “Correo de Madrid”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 17, año II, 15 de abril de 1878, pp. 167-170.
- 28) “Correspondencia de Madrid”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 19, año II, 5 de mayo de 1878, pp. 202-203.
- 29) “Correo de Madrid”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 21, año II, 25 de mayo de 1878, pp. 237-238.
- 30) “Los oradores del Ateneo. Don Emilio Castelar”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 12-25 y 154-158.
- 31) “Los oradores del Ateneo. Don Gabriel Rodríguez”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 20-22.
- 32) “Los novelistas españoles. Fernán Caballero”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 241-246.
- 33) “La economía política cristiana”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 293-298.
- 34) “Los novelistas españoles. Don Benito Pérez Galdós”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 335-339 y 400-405.
- 35) “La moda. Apuntes económicos”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 418-421.
- 36) “Los novelistas españoles. Don Pedro Antonio de Alarcón”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 465-469.
- 37) “Los novelistas españoles. Don Juan Valera”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 519-523 y 593-597.
- 38) “Los novelistas españoles. Don Manuel Fernández y González”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 659-663. Posteriormente, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 3, año III, 25 de enero de 1879, pp. 38-42.
- 39) “Los novelistas españoles. Don Francisco Navarro Villoslada”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 712-714.
- 40) “Los novelistas españoles. Don Enrique Pérez Escrich”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 453-458.
- 41) “Los novelistas españoles. Don José de Castro y Serrano”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 629-633.
- 42) “Los novelistas españoles. Don José Selgás”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1878, pp. 657-662.
- 43) “El tema del teatro”, en: *El Imparcial*, Madrid, 2 de junio de 1879.
- 44) “Don José Echegaray”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1879, pp. 20-25.

- 45) “Don José Zorrilla”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1879, pp. 206-211.
- 46) “Don Ramón de Campoamor”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1879, pp. 465-468 y 568-572.
- 47) “Don Antonio F. Grilo”, en: *Revista Europea*, Madrid, 1879, pp. 760-764.
- 48) Un artículo, en: *El Liberal*, Madrid, 11 de febrero de 1880.
- 49) “Castelar en la Academia”, en: *La Ilustración Española y Americana (Revista de política, ciencias, arte y literatura)*, Madrid, nº 24, año XVI, 30 de abril de 1880, pp. 275-278.
- 50) “Cualidades de la crítica”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, nº 5, año IV, 15 de septiembre de 1880, pp. 266-268. Posteriormente, en: *Sagitario*, Madrid, un nº de 1907.
- 51) “*La muerte en los labios*, de D. José Echegaray”, en: *El Día*, Madrid, 11 de diciembre de 1880.
- 52) “*El grano de arena* (Drama original de D. Antonio García Gutiérrez)”, en: *El Día*, Madrid, 17 de diciembre de 1880.
- 53) “Hard times”, en: *El Día*, Madrid, 24 de diciembre de 1880.
- 54) “*Puntos de vista*, colección de artículos por D. Miguel Moya”, en: *El Día*, Madrid, 31 de diciembre de 1880.
- 55) “*Poesías líricas*, de D. Ventura Ruiz Aguilera”, en: *El Día*, Madrid, 9 de enero de 1881.
- 56) “*El espejo*, de D. Mariano Pina Domínguez”, en: *El Día*, Madrid, 12 de enero de 1881.
- 57) “Los teatros menudos”, en: *El Día*, Madrid, 21 de enero de 1881.
- 58) “*El código del honor*, de D. Leopoldo Cueto”, en: *El Día*, Madrid, 26 de enero de 1881.
- 59) “El sainete”, en: *El Día*, Madrid, 13 de marzo de 1881.
- 60) “El frío del teatro español”, en: *El Día*, Madrid, 16 de marzo de 1881.
- 61) “Discursos académicos”, en: *El Día*, Madrid, 22 de marzo de 1881.
- 62) “*El gran galeoto*, de D. José Echegaray”, en: *El Día*, Madrid, 26 de marzo de 1881.
- 63) “*Los buenos y los sabios* (Poema)”, en: *El Día*, Madrid, 27 de marzo de 1881.
- 64) “El sainete. Al Sr. D. Ricardo de la Vega”, en: *El Día*, Madrid, 6 de abril de 1881.
- 65) “Poesías leídas en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, por D. Francisco Abarzuza”, en: *El Día*, Madrid, 16 de abril de 1881.
- 66) “*Esbozos y rasguños*, por D. José Pereda”, en: *El Día*, Madrid, 24 de abril de 1881.
- 67) “El teatro francés en España”, en: *El Día*, Madrid, 30 de abril de 1881.
- 68) “El lenguaje académico”, en: *La Ilustración Gallega y Asturiana*, nº 27, 28 de septiembre de 1881, pp. 320-321.
- 69) “Señales del buen tiempo”, en: *Almanaque asturiano de El Carbayón para 1882*, Oviedo, diciembre de 1881, pp. 51-53.

- 70) “Los mosquitos líricos”, en: *La Ilustración Ibérica (Semanao literario, científico y artístico)*, Barcelona, nº 3, año I, 20 de enero de 1883, p. 7.
- 71) “Los mosquitos líricos (Continuación)”, en: *La Ilustración Ibérica (Semanao literario, científico y artístico)*, Barcelona, nº 4, año I, 27 de enero de 1883, pp. 6-7.
- 72) “Los mosquitos líricos (Continuación)”, en: *La Ilustración Ibérica (Semanao literario, científico y artístico)*, Barcelona, nº 5, año I, 3 de febrero de 1883, pp. 6-7.
- 73) “Los mosquitos líricos (Conclusión)”, en: *La Ilustración Ibérica (Semanao literario, científico y artístico)*, Barcelona, nº 6, año I, 10 de febrero de 1883, p. 6.
- 74) “Un estudiante de Canarias”, en: *Arte y Letras (Revista ilustrada)*, Barcelona, nº 13, octubre de 1883, pp. 97-98.
- 75) “Acerca de *Las vengadoras*”, en: *La Época*, Madrid, 7 de abril de 1884.
- 76) “Alcalá Galiano”, en: *Revista de Asturias*, Oviedo, 15 de enero de 1887.
- 77) “Niñerías”, en: *La España Moderna*, Madrid, nº 9, septiembre de 1889, pp. 57-67.
- 78) “Estética del carácter”, en: *La España Moderna*, Madrid, tomo XXI, junio de 1890, pp. 123-145.
- 79) “*Oradores políticos*”, en: *La España Moderna*, Madrid, nº 18, junio de 1890, pp. 55-61.
- 80) “Discurso leído en el homenaje de los indianos de Ribadedeva y Peñamellera”, en: *El Oriente de Asturias*, Llanes, 18 de agosto de 1895.
- 81) “La composición en la novela”, en: *La Época*, Madrid, 29 de septiembre de 1896.
- 82) “Riña a bordo”, en: *La Crítica*, Madrid, nº 1, 9 de diciembre de 1903.
- 83) “Autobiografía”, en: *Álbum de Blanco y Negro*, Madrid, mayo de 1904, p. 26.
- 84) “La novela en América”, en: *Revista de la Unión Ibero-Americana*, Madrid, nº 20, 1 de marzo de 1906, pp. 26-27.
- 85) “¿Cuál es mi obra predilecta?”, en: *Por Esos Mundos (Suplemento de Nuevo Mundo)*, Madrid, octubre de 1906.
- 86) “Respuesta a la pregunta de cómo ganó su primera peseta”, en: *Hoy*, Madrid, 20 de noviembre de 1913.
- 87) “La leyenda del rey Alberto”, en: *King Albert's Book*, edited by Hall Caine, London, Hodder and Stoughton, 1914.
- 88) “Después de la paz”, en: *España (Semanao de la vida nacional)*, Madrid, nº 6, 5 de marzo de 1915.
- 89) “Covadonga. Tres etapas”, en: *La Esfera*, Madrid, nº 239, 27 de julio de 1918.
- 90) “Una opinión (Para el Ateneo Obrero de Gijón)”, en: *Palacio Valdés*, de Luis Antón del Olmet y José de Torres Bernal (Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1919), pp. 285-292.
- 91) “Unas cuartillas de don Armando”, en: *El Bollo* (álbum de fiestas), Avilés, 1921.
- 92) “The decadence of modern literature”, en: *The book of literature*. New York, The Grolier Society, 1922 [pp. 13-28].

- 93) “Un premio de carrera (Más recuerdos de Avilés)”, en: *El Bollo* (álbum de fiestas), Avilés, 1923.
- 94) “Blasco Ibáñez”, en: *ABC*, Madrid, 29 de enero de 1928.
- 95) “¿Cómo debería organizarse el futuro régimen?”, en: *ABC*, Madrid, 9 de febrero de 1928.
- 96) “El cine”, en: *La Gaceta Literaria*, Madrid, nº 27, año II, un ejemplar de 1928.
- 97) “La importancia artística del cinematógrafo”, en: *ABC*, Madrid, 16 de enero de 1929, p. 10.
- 98) “Autocrítica” (sobre la versión teatral de su novela *El cuarto poder*), en: *ABC*, Madrid, 11 de febrero de 1932.
- 99) “Intelectuales y obreros (I)”, en: *ABC*, Madrid, 2 de abril de 1932.
- 100) “Intelectuales y obreros (II)”, en: *ABC*, Madrid, 3 de abril de 1932.
- 101) “El santo comunismo”, en: *ABC*, Madrid, 28 de abril de 1932, p. 3.
- 102) “La catedral y la fábrica”, en: *Blanco y Negro*, Madrid, 15 de mayo de 1932.
- 103) “El despido”, en: *ABC*, Madrid, 28 de mayo de 1932, p. 3. Reproducido posteriormente en: *Norte*, Madrid, nº 51, año VI, 1935.
- 104) “El estatuto de Villagata”, en: *ABC*, Madrid, 29 de junio de 1932, p. 3.
- 105) “La ola negra”, en: *ABC*, Madrid, 6 de agosto de 1932, p. 3. Reproducido posteriormente en: *Reinado Social del Sagrado Corazón*, nº de octubre de 1932.
- 106) “Iconoclastas”, en: *El Debate*, Madrid, 15 de octubre de 1932.
- 107) “Antes y ahora”, en: *ABC*, Madrid, 11 de mayo de 1933.
- 108) “Añoranzas”, en: *Portfolio de las fiestas de Nuestra Señora del Otero*, Pola de Laviana (Asturias), agosto de 1933.
- 109) “Pereda”, en: *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, nº 15, 1933, pp. 5-7.
- 110) “Profesión de fe del vicario vascongado”, en: *ABC*, Madrid, 14 de julio de 1934.
- 111) “Tiempos borrascosos”, en: *ABC*, Madrid, 24 de noviembre de 1934.
- 112) “El valor del socialismo”, en: *ABC*, Madrid, 13 de diciembre de 1934. Reproducido posteriormente en: *Norte*, Madrid, nº 49, año VI, 1935.
- 113) “Extremismos”, en: *ABC*, Madrid, 19 de enero de 1935.
- 114) “El problema económico”, en: *ABC*, Madrid, 19 de marzo de 1935.
- 115) “Hada maléfica”, en: *ABC*, Madrid, 28 de abril de 1935, p. 3. Reproducido posteriormente en: *Norte*, Madrid, nº 52, año VI, 1935.
- 116) “Los salvadores”, en: *ABC*, Madrid, 11 de mayo de 1935.
- 117) “El romanticismo”, en: *ABC*, Madrid, 15 de junio de 1935.
- 118) “La vejez”, en: *ABC*, Madrid, 24 de octubre de 1935.
- 119) “El siglo XVIII”, en: *ABC*, Madrid, 7 de diciembre de 1935.

- 120) “Opiniones femeninas. El estudio de la historia”, en: *ABC*, Madrid, 14 de diciembre de 1935.
- 121) “La oración de Pachín”, en: *ABC*, Madrid, 19 de febrero de 1936.
- 122) “Grilletes”, en: *ABC*, Madrid, 14 de marzo de 1936.
- 123) “El milagro”, en: *ABC*, Madrid, 28 de marzo de 1936.
- 124) “Opiniones femeninas. La belleza”, en: *ABC*, Madrid, 10 de abril de 1936, p. 3.
- 125) “Perspectivas”, en: *ABC*, Madrid, 6 de mayo de 1936.
- 126) “Morfina”, en: *ABC*, Madrid, 23 de mayo de 1936.
- 127) “La iluminación”, en: *ABC*, Madrid, 6 de junio de 1936.
- 128) “Los libros”, en: *ABC*, Madrid, 28 de junio de 1936.
- 129) “Sensualidad”, en: *ABC*, Madrid, 12 de julio de 1936.
- 130) “Carta-artículo a la Comisión Organizadora del homenaje de Oviedo de 1906”, recogido en: “Los homenajes”, de Luis Fernández Castañón (*Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo, 1953, pp. 366-371).
- 131) “Discurso leído en el homenaje de Avilés de 1918”, recogido en: “Los homenajes”, de Luis Fernández Castañón (*Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo, 1953, pp. 374-376).
- 132) “Valencia”(Discurso ¿leído? en el homenaje de Valencia), recogido en: “Los homenajes”, de Luis Fernández Castañón (*Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo, 1953, pp. 379-383).
- 133) “Discurso leído en el homenaje de Avilés de 1920”, recogido en: *Homenajes a Palacio Valdés en Asturias*, de Jesús-Andrés Solís Gutiérrez (Candás, 1976, pp. 53-57).
- 134) “Discurso leído en el homenaje de Oviedo de 1926”, recogido en: *Homenajes a Palacio Valdés en Asturias*, de Jesús-Andrés Solís Gutiérrez (Candás, 1976, pp. 72-76).
- 135) “Raquel Meller”, en: *Raquel Meller* (Madrid, Sociedad Española de Librería, s.f., pp. 14-15).

13. TRADUCCIONES Y EDICIONES ESCOLARES⁹

- 1) *Marta e María (Marta y María)*. Traduzione di Carlo Boselli. Milano, Fratelli Treves, 1928. 323 páginas.
- 2) *The Marquis of Peñalta (Marta y María): A realistic social novel (Marta y María)*. Translated from the spanish by Nathan Haskell Dole. New York, Thomas Y. Crowell & Company, 1886. 342 páginas.

⁹ La ordenación de las entradas de los títulos, en este apartado, las realizo cronológicamente, esto es, ateniéndome al año de publicación de las obras en su idioma original, el español.

- 3) *Marta y María*. Edited with notes, exercises and vocabulary by Willis Knapp Jones, Ph. D. and H. H. Arnold, Ph. D. Boston/ New York/ Chicago/ London/ Atlanta/ Dallas/ San Francisco, D. C. Heath and Company, "Heath's Modern Language Series", 1929. 332 páginas.
- 4) *Marta y María*. Edited by H. M. Martin. New York/ Boston, Ginn, 1926.
- 5) *Marta y María*. Edited by B. Sublette. New York, The Odyssey Press, 1961.
- 6) *Marta a María (Marta y María)*. Ze španělštiny přeložil O. S. Vetti. V Praze, Tiskem a nákladem J. Otty. 404 páginas.
- 7) *Marta och María (Marta y María)*. Öfversättning fran spanskan af Adolf Hillman. Stockholm, Lars Hokerbergs, 1895. 296 páginas.
- 8) *Marta und María (Marta y María)*. Berechtigte Übertragung aus dem spanischen von Dr. Elli Lindner. Einsiedeln/Waldshut/Rölna/Strakburg, Berlagsanstalt Benziger & Co. 347 páginas.
- 9) *Martha e María. Romance (Marta y María)*. Tradução de Raphael Leal. Porto, Livraria Civilização-Editora, Americo Fraga Lames & C^a. L^a., "Coleção de hoje", 1927.
- 10) *Marthe et Marie (Marta y María)*. Traduction de Mme. Devismes de Saint-Maurice. En: *Le Monde Moderne*, París.
- 11) *Marthe et Marie (Marta y María)*. Traduction de Mme. Tissier de Mallerais. París, F. Sorlot, 1944.
- 12) *Marta y María*. Traducción rusa de M. Pawlosky. En: *Diario de San Petersburgo*, San Petersburgo.
- 13) *Marta y María (+ José)*. Traducción china de Li Deming. Pekín, ¿1984?
- 14) *El idilio de un enfermo*. Traducción francesa de Albert Savine. En: *Les Heures du Salon et de l'Atelier*, París.
- 15) *El idilio de un enfermo*. Traducción italiana de Rosina de Marziani. Milano.
- 16) *Idyla nemocného (El idilio de un enfermo)*. Ze španělštiny přeložil A. Pikhart (Autorisovaný preklad). V Praze, Tiskem a nákladem J. Otty.
- 17) *Aguas fuertes*. Los textos que conforman el volumen fueron traducidos para las siguientes publicaciones periódicas: *L'Indépendance Belge*, *Le Journal de Genève*, *El Correo de Hannover*, *Hlas Národa o Lumir*.
- 18) *Selections from Armando Palacio Valdés (Aguas fuertes)*. Edited by Glenn Barr and Harry James Russell. New York/ Cincinnati/ Chicago/ Boston/ Atlanta, American Book Company, 1935. 238 páginas.
- 19) *Nouvelles: Un colon des Douaires; Le poulain du curé; Poliphème* (un cuento de *Aguas fuertes* y otro más). Traduction de Mme. Camille du Val Asselin. Le Puy, R. Marchessou, 1903. 39 páginas.
- 20) *José*. Prima traduzione italiana, introduzione e note di Camillo Berra. Firenze, Vallecchi, 1934. 298 páginas.

- 21) *José*. Authorized translation from original of A. Palacio Valdés by Minna Caroline Smith. New York, Brentano's, 1901. 278 páginas.
- 22) *José*. Edited with introduction and notes by F. J. A. Davidson and with a vocabulary by Alice P. F. Hubbard. Boston/New York/London, D. C. Heath and Company, "Heath's Modern Language Series", 1900. Otras ediciones: 1903, 1906, 1909.
- 23) *José*. Edited by Guy Everett Snavely and Robert Calvin Ward. Boston/ New York, Allyn and Bacon, 1920.
- 24) *José*. Traducción al alemán. Leipzig, B. G. Teubner, 1924.
- 25) *José*. Edited by Juan Cano and Edith Cameron. Illustrations by Alberto Cugat. New York, Doubleday, Doran and Company, 1932. 211 páginas.
- 26) *José*. Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Joseph W. Barlow. Illustrations by F. Marco. New York, Prentice-Hall, 1932. 319 páginas.
- 27) *José*. New York, F. S. Crofts, 1943. Otra edición: 1947.
- 28) *José*. Translated by Harriet de Onís. Woodbury, New York, Barron's Educational Books, Great Neck, 1961.
- 29) *José*. Edited by Edith B. Sublette. New York, The Odyssey Press, 1961.
- 30) *José*. Se svolením spisovatelovým ze španělštiny přeložil A. Pikhart. V Praze, Nakladatel J. Otto, 1903?. 204 páginas.
- 31) *José*. Nordspanskt físcarlif roman of A. P. V. Isvensk tolkning of Adolf Hillman. Stockholm, Gernandts Förlags Aktiebolag, 1900. 194 páginas.
- 32) *Don Fernandos Penge (José)*. Autoriseret oversættelse for norge og Danmark af Oskar V. Andersen. Copenhagen & Oslo, København & Kristiania, Martins Forlag, 1922. 144 páginas.
- 33) *José*. Traducción francesa de Mlle. Sara Oquendo. En: *Revue de la Mode*, París.
- 34) *José*. Traducción holandesa de M. Hora Adema. En: *Het Nieuws van den Dag*, Amsterdam.
- 35) *José*. Traducción portuguesa de Cunha e Costa. En: *Revista da Semana*, Rio de Janeiro.
- 36) *José*. Traducción alemana. En: *Furs Haus*, Berlín.
- 37) *José*. Traducción rusa. 1906
- 38) *Riverita. Romance de actualidade*. Tradução de Thomáz Ribeiro Colaço. Porto, Livraria Civilização-Editora, Americo Fraga Lames & C^a. L^a., "Coleção de hoje", 1927.
- 39) *Riverita*. Edited by Joseph E. A. Alexis. Lincoln, Nebr., Midwest Book Co., 1928. Otra edición: 1945.
- 40) *Riverita*. Traducción francesa de Julien Lugol. En: *Revue Internationale*, París.
- 41) *Maximina*. Translated from the spanish by Nathan Haskell Dole. New York, Thomas Y. Crowell and Company, 1888.

- 42) *Maximina. Romance da actualidade (Sequencia de Riverita) (Maximina)*. Tradução de Florbela Espanca Lage. Porto, Livraria Civilização-Editora, Americo Fraga Lames & C^a. L^a., “Colecção de hoje”, 1932.
- 43) *El cuarto poder*. Traducción francesa de B. d’Etroyat. En: *Le Temps*, París.
- 44) *The fourth estate (El cuarto poder)*. Translated by Rachel Challice from the original of Armando Palacio Valdés. New York/London, Grant Richards, 1901. 451 páginas.
- 45) *The fourth estate (El cuarto poder)*. New York, P. V. Collier & Son, 1901.
- 46) *The fourth estate (El cuarto poder)*. New York, Brentano’s, 1901. Otra edición: 1904.
- 47) *De vierde macht (El cuarto poder)*. Naar het spaansch van Armando Palacio Valdés vertaald door P. J. Hora Adema. Amsterdam, S. Warendorf Jr. 237 páginas.
- 48) *A Irmã São Sulpicio (La Hermana San Sulpicio)*. Tradução de David de Carvalho. Porto, Livraria Civilização-Editora, Americo Fraga Lames & C^a. L^a., “Colecção de hoje”, 1928. 413 páginas.
- 49) *Māsa San Sulpija (La Hermana San Sulpicio)*. Tulkojis no spāniešu valodas ar autora atļauju Konstantīns Raudive. Rīgā, Krājumā J. Neidera gramatnica Rīga, Lāčplēša ielā n° 27, Izdevniecība “Daiņa”. 411 páginas.
- 50) *La Soeur Saint-Sulpice (La Hermana San Sulpicio)*. Roman traduit de l’espagnol par Mme. Tissier de Mallerai. Préface de Louis Bertrand. París, Imp. du Palais, Marpon & Cie., 1929. XI + 448 páginas. Fue también publicada, a partir del 27 de noviembre de 1928, en: *Le Temps*, París.
- 51) *Soeur Saint-Sulpice (La Hermana San Sulpicio)*. Traduction de Mme Th. Huc (Max Deleyme). Préface d’Emile Faguet (ix-xi). París, Paul Ollendorff, 1903. 391 páginas. Fue también publicada en: *Le Matin*.
- 52) *La Soeur Saint-Sulpice (La Hermana San Sulpicio)*. París, F. Sorlot, 1944.
- 53) *La Soeur Saint-Sulpice (La Hermana San Sulpicio)*. París, Le Club Français du Livre, 1952.
- 54) *La Hermana San Sulpicio*. Traducción holandesa. En: *El Correo de Rotterdam*, Rotterdam.
- 55) *Sister Saint Sulpice (La Hermana San Sulpicio)*. Authorized translation by Nathan Haskell Dole. New York, Thomas Y. Crowell & Company, 1890. 395 páginas.
- 56) *La Hermana San Sulpicio*. Edited by J. G. Gill. New York, Henry Holt, 1912. Otras ediciones: 1922, 1923, 1927, 1928, 1938, 1949.
- 57) *La Hermana San Sulpicio*. Edited with notes, exercises and vocabulary by John M. Hill. Illustrated by Camarero. Boston/New York, Heath and Company, 1925. 305 páginas.
- 58) *La Hermana San Sulpicio*. Edited by John M. Pittaro. Boston/New York, Ginn, 1925.
- 59) *La Hermana San Sulpicio*. Edited by Pierre T. De Roche. New York, Translation Publication Co., 1930.

- 60) *Suor San Sulpizio (La Hermana San Sulpicio)*. Traduzione italiana di Angelo Norsa. Milano, Fratelli Treves, 1917. 318 páginas.
- 61) *Syster San Sulpicio (La Hermana San Sulpicio)*. Öfversättning fran spanskan af Adolf Hillman. Stockholm, C. and E. Gernandts Förlags Aktiebolag, 1899. 392 páginas.
- 62) *La Hermana San Sulpicio*. Traducción rusa. San Petersburgo, 1913. 404 páginas.
- 63) *La Hermana San Sulpicio*. Traducción china de Yin Chengdong y Li Deming. Pekín, ¿1981?.
- 64) *La Hermana San Sulpicio*. Prefacio de Vsévolod Bagnó. Moscú, Judózhestvennaya Literatura, 1985.
- 65) *Scum (La espuma)*. New York, United States Book Co., 1890.
- 66) *Froth (La espuma)*. Translated from the spanish by Clara Bell. Prologue by Edmund Gosse (v-xii). London, William Heinemann, 1891. 346 páginas.
- 67) *La espuma*. Traducción rusa. 1907.
- 68) *Faith (La fe)*. Translated from the spanish by Isabel F. Hapgood. New York, Cassell, ¿1898?. 353 páginas.
- 69) *La foi (La fe)*. Traduction et Préface par Jules Laborde. París, Typ. Ph. Renonard S. A., Librairie des *Annales Politiques et Littéraires*, 1908. XVI +386 páginas.
- 70) *Fede (La fe)*. Traduzione di Giannina Spellanzon. Firenze, Vallecchi Editore, 1931. 326 páginas.
- 71) *Der glaube (La fe)*. Autorisierte ubersehung von Albert Cronan. Leipzig, Moderner Dresdner Verlag. 373 páginas.
- 72) *Un grand d'Espagne. Le Maestrante. Roman de mœurs espagnoles (El Maestrante)*. Traduction française de J. Gaure. Étude de M. Bordes. París, Librairie A. Charles Maretheux. 166 páginas.
- 73) *The Grandee. A novel (El Maestrante)*. Translated from the spanish by Rachel Chalice. Introduction by Edmund Gosse. London, William Heinemann, 1894. 286 páginas.
- 74) *The Grandee (El Maestrante)*. New York, G. C. Peck, 1895.
- 75) *A valenciana (El Maestrante)*. Tradução de Guedes de Amorim. Porto, Livraria Civilização -Editora, Americo Fraga Lames & C^a. L^a., “Coleção de hoje”, 1933. 256 páginas.
- 76) *L'origine de la pensée (El origen del pensamiento)*. Traduit avec l'autorisation de l'auteur par M. Dax Delime. En: *Revue Britannique*, París.
- 77) *The origin of thought (El origen del pensamiento)*. Translated by Isabel F. Hapgood. Illustrations by Cabrinety. En: *The Cosmopolitan Magazine*, New York, tomo 16 (noviembre 1893-abril 1894, pp. 436-458, 542-557 y 706-726) y tomo 17 (mayo-octubre 1894, pp. 87-101, 185-202, 335-351 y 485-494).
- 78) *El origen del pensamiento*. Traducción rusa. 1915.

- 79) *Os "majos" de Cádiz. Romance da actualidade (Los majos de Cádiz)*. Tradução livre de Thomáz Ribeiro Colaço. Porto, Livraria e Imprensa Civilização, Americo Fraga Lamares & C^a. L^a.-Editores, "Colecção de hoje", 1927. 272 páginas.
- 80) *I guappi di Cadice (Los majos de Cádiz)*. Unica traduzione autorizzata dall'autore di Angelo Norsa. Bologna, L. Cappelli Editore, 1928. 291 páginas.
- 81) *Rabagastene i Cádiz (Los majos de Cádiz)*. Autorisert oversaettelse fra spansk ved Magnus Grønvold. Oslo, Forlagt av H. Aschehoug and Co. (W. Nygaard), 1926. 192 páginas.
- 82) *Spaansch liefdeleven (Los majos de Cádiz)*. Vrij vertaald door Mary L. Hora Adema. Amersfort, Valkhoff.
- 83) *Los majos de Cádiz*. Traducción francesa de M. Albert Glorget. En: *Journal des Débats*.
- 84) *Sous le ciel de Cadix (Los majos de Cádiz)*. Traduction de Mme. Tissier de Mallerai. Paris, F. Sorlot, 1942.
- 85) *A alegria do capitão Ribot (La alegría del capitán Ribot)*. Tradução de Campos Monteiro. Porto, Livraria e Imprensa Civilização, Americo Fraga Lamares & C^a. Lda.-Editores, "Biblioteca do lar", 1927. 302 páginas.
- 86) *La joie du capitaine Ribot (La alegría del capitán Ribot)*. Traduction de Mme. Camille du Val Asselin. Paris, Librairie des *Annales Politiques et Littéraires*, 1909. 306 páginas. Publicada previamente en: *Le Gaulois*.
- 87) *The joys of captain Ribot (La alegría del capitán Ribot)*. Translated by Minna Caroline Smith. New York, Brentano's, 1900.
- 88) *La alegría del capitán Ribot*. Edited with introduction, notes and vocabulary by Frederic W. Morrison and Philip H. Churchmann. Boston/New York/London, Heath and Company, 1906. Otras ediciones: 1907 y 1909.
- 89) *Don Julián Ribot (La alegría del capitán Ribot)*. Öfversättning fran spanska af Adolf Hillman. Stockholm, Aktiebolaget Hiertas Bokförlag, 1912. 213 páginas.
- 90) *Doña Cristina (La alegría del capitán Ribot)*. Uit het spaansch vertaald door Dr. A. A. Fokker. Amsterdam, C. L. G. Veldt, 1900. 197 páginas.
- 91) *La alegría del capitán Ribot*. Traducción italiana de Angelo Norsa. En: *Il Sécolo XIX*, Génova.
- 92) *L'aldea perdida (La aldea perdida)*. Traducción de Sixto Cortina. Xixón, vtp Ediciones, "Kêr ar mor. Biblioteca atlántica", n^o 4, 1998, 267 páginas.
- 93) *Tristán. Roman de moeurs (Tristán o el pesimismo)*. Traduit de l'espagnol par Mme. Berthe Bridé. Paris, Les Presses Universitaires de France, 1927. 346 páginas.
- 94) *Tristan (Tristán o el pesimismo)*. Translated by Jane B. Reid. Boston, Mass., The Four Seas Co., 1925. 390 páginas.
- 95) *La guerre injuste. Lettres d'un espagnol (La guerra injusta)*. Traducción francesa de Albert Glorget. Paris, Bloud et Gay, 1917. XII + 239 páginas.
- 96) *Papeles del Doctor Angélico*. Traducción alemana de Franz Hartman.

- 97) *Años de juventud del Doctor Angélico*. Traducción francesa de Mme. Tissier de Mallerais. En: *L'Action Française*, París.
- 98) *Il romanzo de un romanziere. Scene d'infanzia e di giovinezza (La novela de un novelista. Escenas de la infancia y adolescencia)*. Traduzione di Gerolamo Bottoni. Roma, Editrice Mantegazza, 1928. 334 páginas.
- 99) *Le roman d'un romancier. Scènes d'enfance et d'adolescence (La novela de un novelista. Escenas de la infancia y adolescencia)*. Traduit de l'espagnol par Mme. Tissier de Mallerais. París, Librairie Gallimard, Editions de la Nouvelle Revue Française, 1927. 350 páginas. Fue también publicada en: *L'Action Française*, París.
- 100) *La novela de un novelista*. Edited by William S. Hendrix, Boston/New York, Ginn, 1931.
- 101) *La novela de un novelista*. Notes, exercises and vocabulary by H. Alpern, Ph. D. and J. Martel, M. A. With a critical introduction by Federico de Onís. Boston/ New York/ Chicago/ London/ Atlanta/ Dallas/ San Francisco, D. C. Heath and Company, "Heat's Modern Language Series", 1931. 237 páginas.
- 102) *Lalita (La hija de Natalia)*. Traduit de l'espagnol par Mme. Tissier de Mallerais. París, Librairie Plon, "Les petits-fils de Plon et Nourrit", 1929. 303 páginas.
- 103) *Sainte Rogelia (De la Légende dorée)*. (*Santa Rogelia (De la leyenda de oro)*). Traduit de l'espagnol par Mme. Philine Burnet (pseudónimo de Mme. Venturini). París, Librairie Plon, "Les petits-fils de Plon et Nourrit", 1930. 281 páginas.
- 104) *Grzozniaswiet lengendy zlolej*. (*Santa Rogelia (De la leyenda de oro)*). Traducción de Anna Szottowa, 1933.
- 105) *Santa Rogelia*. Edited by Howard L. Schug and Francis M. Kercheville. New York, F. S. Crofts, 1941.
- 106) *Santa Rogelia*. Aus dem spanischen übersekt von Dr. August Rüegg. Einsiedeln/Waldshut/ Rólna/ Strakburg, Berlagsanstalt Benziger & Co. 348 páginas.
- 107) *Santa Rogelia*. A cura di Lucio Ambruzzi. Torino, Unione Tipográfico-Editrice Torinese, Serie "I grandi scrittori stranieri", 1934. 293 páginas.
- 108) *De onverbreekbare banol (Santa Rogelia (De la leyenda de oro))*. Geautoriseerde vertaling uit het spaansch door H. van der Leeuw. Baarn, Drukkerij S. A. 263 páginas.
- 109) *Les jardins de Grenade (Los cármenes de Granada)*. En: *Revue Universelle*, nº 17, vol. I, 1934.
- 110) *Les jardins de Grenade (Los cármenes de Granada)*. Traduit par Mme. Tissier de Mallerais. París, F. Sorlot, 1944. 255 páginas.
- 111) *I giardini di Granada (Los cármenes de Granada)*. Unica traduzione autorizzata dall'autore di G. Solari Bozzi. Bologna, L. Capelli Editore, 1929. 299 páginas.
- 112) *A cara o cruz*. Edited with notes direct-method exercises and vocabulary by Glenn Barr. New York, The MacMillan Company, 1932. 143 páginas. Otra edición: 1951.
- 113) *A cara o cruz*. Traducción holandesa. La Haya, 1955.

- 114) *O governo das mulheres (El gobierno de las mujeres)*. São Paulo, Edições e Publicações Brasil S. A. 179 páginas.
- 115) *Sinfonia pastoral*. Edited by Joseph W. Barlow. Illustrated by Fernando Marco. New York/ Cincinnati/ Chicago/ Boston/ Atlanta, American Book Company, 1933. 448 páginas.
- 116) *Tempi felici. Scene dell'epoca matrimoniale (Tiempos felices. Escenas de la época esponsalicia)*. Trad. di Beatrice Palumbo Caravaglios. Napoles, Conte, 1952.
- 117) *Short stories from Palacio Valdés* (antología cuentística). Edited by Albert Shapiro, Ph. D. and Frederick J. Hurley. New York, Henry Holt and Company, 1926. Otra edición: 1928.
- 118) *Los puritanos y otros cuentos*. Edited with introduction and explanatory notes in english by W. T. Faulkner, A. M. New York, William R. Jenkins, Librero-editor, 1904.
- 119) *Alone and other stories* (selección de cuentos y extractos de otras obras palaciovaldesianas). Translated by Robert M. Fedorchek. Lewisburg, Bucknell University Press, 1993.
- 120) *La mujer alta. Cuentos españoles* (incluye *Seducción*). Traducción de Erna Brandberger. Langeniesche-Brandt (Suiza), DTV, 1998. 216 páginas.
- 121) *Spania forteller* (incluye *¡Solo!*). Traducción de Arne Worren. Oslo, Dagens Boker, 1998. 655 páginas.
- 122) *Astura bukedo* (textos de varios autores asturianos –Campoamor, Clarín, Pérez de Ayala, Ángel González y Palacio Valdés- traducidos al esperanto). Gijón, Astura Esperanto-Asocio, 1987.